

## Capítulo 1

JOHN  
Dublín.

— Eh tío —me dice Mike— aquella pelirroja no para de mirarme, ¡mírala, mírala! Hostia tío, qué descarada.

Yo me giro para mirarla. Con la de gente que hay aquí es como para averiguar quién es la pelirroja de los descaros, como si en Irlanda no hubiera pelirrojas, ¿sabes?

— ¿Vamos o qué? —insiste tirándome del brazo.

— Sí, sí, ve tú, que yo voy ahora —digo volviéndome a apoyar en la barra con mi cerveza.

— John, no empieces, tío —insiste—, es un dos para dos, easy, papapá pam.

Ya estamos con el papapá pam.

— ¿Cuántas veces te ha funcionado el papapá pam, Mike?

— Hoy es el día —dice vaciando su cerveza de un trago—, tengo un pálpito.

— Venga, pues acércate y ahora me cuentas qué tal tu pálpito.

— Sólo te digo una cosa —se acerca a mi oído—; no me esperes despierto.

Ríe confiado, se coloca bien el cuello de la camisa y se dirige decidido a por la pelirroja.

Yo lo observo haciéndose hueco entre la gente hasta que lo pierdo. Me giro de nuevo hacia la barra y le doy un sorbo a mi vaso descubriendo que ya se me ha acabado la cerveza. Vacilo un

instante en pedirme otra. No, otra no. Me queda aquí el tiempo de que la pelirroja le de calabazas a Mike y vuelva diciéndome que pasa de ella, que es una creída y todo eso.

Yo es que no entiendo cómo a la gente le sigue gustando estos lugares, si aquí ni se puede hablar ni nada. ¿Porque aquí el que no sepa bailar qué hace? Ya te lo digo yo; nada. Pero vamos, que parece que al único que le importa eso es a mí. Sino que se lo digan a esos de allí, que si les queda algo de dignidad, desde luego con el bailecito que se están marcando, ya la han perdido. O a aquellas, esas son de las que les dicen a sus padres que se van a quedar a dormir en casa de una amiga para terminar un trabajo, y luego se ponen hasta arriba de Malibú con piña, ¡Y pensar que a esto le llaman vivir la vida!

Por cierto, me llamo Juan. Que seguro que os estaréis preguntando que desde cuándo dos españoles se llaman Jonh y Mike. Yo me llamo Juan y mi amigo Miguel, yo de Sevilla y él de Madrid. Bueno, es de Madrid pero vive en Segovia estudiando publicidad. Y cuando nos conocimos en Irlanda decidimos llamarnos por la versión inglesa de nuestros nombres, ya sabes, por eso de intentar hablar inglés y practicar todo el rato, pero vamos, que eso fueron los primeros días, ahora, a tan solo tres días de poner fin a nuestra aventura en Dublín, hablamos español siempre que podemos.

A tres días de volver a ver a mi novia. Que ya me gustaría a mí estar con ella y no aquí, viviendo la vida.

Pierdo la mirada entre las estanterías desorganizadas de botellas de alcohol. Y es que me

muerdo de ganas por volverla a ver y abrazarla, lo juro. Porque últimamente no van muy bien las cosas entre nosotros. Al principio, la idea de estar separados un año no nos parecía del todo mal —a ver, no nos hacía gracia pero era por mi futuro— y los primeros días, que siempre son los peores vayas donde vayas, nos los pasábamos hablando por Skype. Pero con el tiempo las conversaciones empezaron a perder fuerza, conoces a gente, quieres hacer cosas nuevas, visitar lugares y la idea de quedarse toda una tarde frente a la pantalla del ordenador tampoco ayuda. Así que a tan solo tres días de volver a verla, apenas hablamos ya, lo único que nos queda al uno del otro es un rutinario mensaje de buenas noches y poco más.

— Oye, ¿me vas a dejar de *aguantavelas*? — escucho a mi espalda.

Me giro descubriendo a mi espalda a una chica rubia.

— ¿Qué? —contesto.

— Tu amigo —dice—, que ha venido a robarme a mi amiga.

Miro detrás de ella. Mike está opositándole a la pelirroja. Me río.

— ¿Ahora qué hago yo? —insiste fingiendo estar enfadada.

Me encojo de hombros sin saber bien qué decir.

— ¿Cómo qué... —me imita encogiéndose de hombros ella también.

— No sé, reclama en recepción que te han robado a tu amiga.

La rubia tuerce el gesto con una cara de *¿perdona?*.

— Mejor le reclamo al amigo del que ha secuestrado a mi amiga –protesta haciéndose un hueco en la barra— una cerveza, ¿Qué te parece?

Me quedo mirándola con cara de no sabe qué decir.

— Me llamo Anna –dice sin darme tiempo a reaccionar.

— John –digo sacudiéndome la cabeza.

Sonríe.

— Ese nombre no es muy español, ¿no?

— ¿Cómo sabes que soy español?

— Porque te pareces a los españoles de las películas.

— ¿A los españoles de qué películas?

— Que es broma –ríe divertida—, me lo ha dicho tu amigo.

Vaya hombre, o la rubia esta está hoy muy graciosa o yo estoy hoy muy espesito. Miro mi pinta de cerveza vacía. Tal vez sea la cerveza. O todo a la vez.

— Mi nombre verdadero es Juan –le digo.

— *Guan* –se atreve a decir.

— No, no, con Jota. Juan.

— *Yan* –dice convencida esta vez.

— No –ríó— Ju-an –le repito— Juan.

Antes de decidirse a decirlo en voz alta lo hace para ella misma.

—... Encantada, John –desiste tendiéndome la mano.

Yo me río y se la estrecho.

— En mi país se dan dos besos –apunto sin saber realmente muy bien por qué.

— En el mío también –contesta ella.

— Ah... —vacilo un instante antes de levantarme y nos quedamos ahí en un sin saber qué hacer durante un par de segundos hasta que nos los damos.

Huele a coco. O a vainilla, siempre me hago un lío con esos dos olores, el caso es que huele bien.

— Bueno ¿y la cerveza? —insiste.

— ¿Sabes? En mi país invitan las chicas —sonríe.

— Ya, honey (*cariño*) —asiente—, pero no estamos en tu país. Así que invitas tú. Dos Guinness, please —se precipita a pedirle al camarero.

— No, no, que a mí no me gusta la Guinness. Perdona —llamo al camarero—, una Guinness y una Paulaner, por fav... please.

— ¿Estás en Irlanda y no te gusta la Guinness?

— No —me quedo pensando un instante—, soy un poco raro.

— Muy raro —replica.

Las dos cervezas llegan en sus enormes vasos de medio litro. Cervezas de tirador, nada de botellines, este bar tiene tiradores de todas las cervezas, es una pasada.

Cuando voy a darle un sorbo a mi cerveza, ella me la aparta dejándome con la espuma en la punta de los labios.

— ¿No brindamos? —insinúa.

— Claro —asiente—, ¿por qué quieres brindar?

— Porque al final de la noche sea capaz de decir bien tu nombre.

Yo la miro divertido, brindamos y bebemos.

El móvil comienza a vibrarme en el bolsillo del pantalón. Suelto el vaso en la barra y leo en la pantalla:

“Llamada entrante: Lucía”

Mi novia. No sé por qué, pero por un instante dudo en cogerlo. Miro a la rubia y le enseño el móvil.

— Ahora vengo –le digo, ella me guiña un ojo dándole un sorbo a su cerveza y se queda allí sentada.

Yo empiezo a hacerme hueco entre la gente pero la entrada queda lejos y no me va a dar tiempo de salir para cogerlo, así que descuelgo.

— Un segundo, Lu –contesto.

Venga hombre, echaros a un lado, ahora seguís bailando. ¿Me permites? A ver ahora estos dos, va, venga, si solo es un segundo. Y deslizándome entre la gente consigo llegar a la puerta. Dejo que el portero con cara de pocos amigos me selle la mano y salgo.

— Lucía, ya –resoplo—, que estaba intentando salir de... ¿Lu?, ¿Lucía?

“Llamada finalizada”

Me apoyo sobre el capó de un coche frente la discoteca y marco su número. Ella descuelga el teléfono al tercer pitido.

— ¿Qué quieres? –responde seca.

— ¿Cómo que qué quiero? –Le contesto—,  
Hola.

— ¿Hola? —Dice—, se me acaban de quitar las ganas de hablar contigo.

— ¿Lucía?, ¿Pero por qué? —No contesta, los nervios me levantan del coche—, ¿me puedes decir por qué te has enfadado ahora?

Me vuelve a colgar. Respiro hondo para calmarme y vuelvo a llamarla.

— ¿Lucía, puedes dejar de colgarme —le digo serio— y decirme qué te pasa, por favor?

— ¿Que qué me pasa? —Grita—. Me pasa que estoy aquí en Sevilla, echándote de menos y con unas ganas horribles de estar contigo y que cuando te llamo, porque me apetecía hablar un rato contigo, resulta que estás en una discoteca ahí rozándote con todas las guiris, ¡Ea, pues nada! No te entretengo más, tú sigue ahí bailando.

— Pero Lucía, que yo no... —intento ordenar mis pensamientos antes de hablar, siento como empiezo a ponerme nervioso— Lucía, te estás equivocando, yo no estaba bailando con ninguna guir...

— ¡No, claro! —Me interrumpe—, tú sales y no bailas con nadie no, tú te quedas *forever alone* en la barra ¿pero tú te crees que yo soy tonta?

— ¡Lucía estaba pensando en ti! —protesto.

— ¡Qué casualidad! —ríe.

— Pues sí, qué casualidad.

— Ya... —dice con desgana—, anda y vete a engañar a otra.

— ¡Lucía, que es en serio, joder!

— ¡Que a mí no me grites! ¿Te enteras? ¡Grítale a una cualquiera de allí y te desahogas!

Intento calmarme pero me parece imposible.

— Lucía, escúchame... a ver —me despego el móvil de la oreja y compruebo que me había vuelto a colgar.

No me lo puedo creer. Cojo el móvil y lo lanzo contra el suelo con todas mis fuerzas. A tomar por culo el móvil, mi novia y todo ya, hostia.

El corazón se me precipita. No sé ya ni qué hacer, ni a dónde mirar, ni nada. Me levanto de nuevo del capó del coche y comienzo a dar paseos inquietos de un lado a otro.

Qué estúpido eres, me digo a mi mismo volviendo la vista hacia el móvil destrozado en el suelo. Me agacho para coger las piezas y me las guardo en el bolsillo sin intentar arreglarlo siquiera. Yo ya ni tengo ganas de entrar de nuevo en la discoteca ni nada. Miro el reloj y vacilo un instante en entrar a avisar a Mike. Seguro que está allí con la pelirroja, ya mañana lo veré. Y la rubia, total, no iba a volver a verla, qué más da. Así que decido empezar a caminar hasta mi residencia. Para una vez que no llueve, a ver si así consigo relajarme un poco. Meto las manos en los bolsillos y comienzo a andar con paso ligero sin poder evitar darle una patada a una lata al pasar junto a ella mandándola al centro de la carretera.

Y me voy de allí dejando plantada en la barra de aquel bar a la chica que, sin que pudiera imaginarlo, me cambiaría la vida.





## Capítulo 2

LUCÍA  
Sevilla.

– ¿Pero será capullo? –grito pulsando el botón de colgar.

– ¿Qué ha pasado, Lu? –me pregunta Rosa.

– ¿Que qué ha pasado? —Le pregunto yo— me dice no, tranquila, que yo voy solo para estudiar, que no sé qué ¡y resulta que está el tío en una discoteca, allí, bailando y rozándose con todas las guiris! Y yo aquí, que llevo toda la tarde pensando si llamarlo o no para no ser pesada. Pues nada, ya lo sé, parece que sí, que molesto, que prefiere estar allí rodeado de... ¡Uff! –tiro el móvil contra la cama y me dejo caer de mala gana sobre el escritorio.

– Lucía, tranquila –dice Rosa cogiendo el móvil de la cama—, y no tires así el móvil que no tiene culpa.

– Todos los mensajes que me mandaba; cariño estoy en casa de un amigo, cariño tengo que estudiar –empiezo a decir imitando a mi novio—, hoy tengo una visita a no sé dónde, hoy no sé qué, ¡mentiras! Y yo creyéndomelas como una estúpida, ¡pobrecito mi niño!, ¿Pobrecito?, ¡Pobre de mí, que soy tonta!, porque de buena que soy, soy tonta.

– Yo te lo dije... —odio cuando Rosa me dice eso—, que yo ya he estado en el extranjero y sé cómo es eso.

– Que no tiene tiempo de conectarse, dice –continúo fingiendo no haberla escuchado—, ¿cómo

va a tener tiempo si se lleva todo el día de fiesta?  
No tiene tiempo para mí, querrá decir.

– Si yo te lo dije... —repite—, pero tú nunca me haces caso —empieza a imitarme— no, que él va a ir solo a estudiar, yo confío en él... ¡Qué no, Lu! Que en los hombres no se puede confiar. Que ellos se ven allí, sin novia, sin nadie que los vigile, con la posibilidad de meter la pata y que nadie se entere y se desbocan Lu, se desbocan. Si nos desbocamos nosotras —ríe para sí misma—, que anda que no lie yo nada cuando estuve en Londres, claro que yo no tenía novio y..., tú sabes —se precipita a aclarar.

Cojo aire y me desinflo poco a poco. Tengo ganas de llorar.

– ¿Qué haces? —Rosa se levanta de la cama y se acerca a mí—, ¿No irás a llorar, no? —Me toma la cara con sus manos—, no quiero verte llorar por un tío, ¿te enteras?

Yo me incorporo y me abrazo a ella intentando disimular mis lágrimas.

– Yo solo quiero que esté aquí ya —mi voz suena acolchada por el hombro de Rosa—, que vuelva para que todo vuelva a ser como antes.

Me separo de ella y me seco los ojos con las palmas de las manos.

– Yo confío en él, de verdad, pero sé que no puedo evitar que se le acerquen otras chicas ni que él no se fije en otras, y eso, a diez mil kilómetros de él, me mata.

– Lo que pasa en el extranjero..., se queda en el extranjero.

– Rosa –si las miradas matasen, mi amiga hubiera caído al suelo fulminada—, ¿no se supone que estás aquí para animarme, tía?

– Que sí –carraspea—, lo que quería decir es que no le des más vueltas.

– Sí, sí se las doy –digo empezando a cabrearme—, ¿sabes qué es lo que más me dolería? Que conociera a otra allí y siguiera diciéndome que me quiere. Eso no lo soportaría.

– ¿Sabes lo que vamos a hacer? –Me ignora—; vamos a irnos de fiesta.

– ¿Tú crees que habrá conocido allí a otra? – le pregunto ignorándola esta vez yo a ella.

– Que no –dice alargando las vocales—, pero por si las moscas, tú y yo hoy nos vamos a ir de fiesta.

– Rosa, hoy no me apetece...

– ¡Uy, que no, dice! –me interrumpe—, si son solo las diez. Una cenita exprés y nos vamos a algún sitio.

Me llevo dos dedos al entrecejo.

– Rosa, yo te lo agradezc...

– No irás a quedarte aquí mientras él está por ahí de fiesta, ¿no?, ¿Qué te crees que se ha ido a su casa pensando: ¡Ay mi novia, que se ha enfadado conmigo? –Chasquea la lengua—, no te lo crees ni tú. Ese, cuando le has colgado, habrá pensando; ya se le pasará, y ya está. Ahora tienes que demostrarle que tú también sabes pasártelo bien sin él. Vamos, a ver si se va a creer que la vida es un carnaval, teta, sopa y tiro porque me toca.

Yo no digo nada.

– A los hombres –me dice en tono confidencial— hay que hacerles perder de forma

ficticia lo que tienen –dice entrecomillando la frase con los dedos.

– De forma ficticia... —repito para mí misma sin entenderlo muy bien—, no sé.

– Qué sí, tú hazme caso a mí. Ahora mismo llamo yo a Lolo –insiste—, que tú sabes cómo es él, y ya verás cómo nos consigue un reservado para esta noche –hace ademán de coger el teléfono.

Resoplo, no me apetece nada salir, de verdad.

– ¿A Lolo? –Digo poco convencida—, tú sabes que él y mi novio no se llevan muy bien... además, si no tengo ni qué ponerme.

– ¿Que no tienes qué ponerte? –Dice tomándose la libertad de abrir el armario.

Aprieta los labios y empieza a repasar todos mis vestidos con la mirada.

– ¿Y esto qué? –dice sacando uno en su percha.

– Con ese parezco un payaso...

– ¿Payaso? –Ríe—, de payaso se le va a quedar la cara a tu novio cuando vea las fotos en Facebook.

### Capítulo 3

Intento armar el móvil de camino a casa pero me parece imposible. Y encima comienza a chispear. Ya la noche no puede ir peor. O tal vez sí, mejor me callo. Joder, si yo no quería ni estar en aquella discoteca. La culpa es de Mike, que no sabe estarse quietecito. Y mía, por hacerle caso, a ver quién me manda a mí ir a ningún sitio. Y ahora mira, él allí dentro con una pelirroja de metro ochenta y yo aquí fuera mojándome, sin móvil y con mi novia enfadada pensando que estoy aquí haciendo quién sabe qué.

Acelero el paso porque parece que comienza a llover de verdad, y cuando a Dublín le da por llover, llueve de verdad.

¿Entonces qué pasa?, ¿Cuando se tiene novia ya no puede uno salir ni con los amigos o qué? Yo esa cláusula del contrato me parece que no la leí. Es que la culpa no es de Mike, la culpa es de ella y de las películas que se monta. Si le digo que no estoy haciendo nada es que no estoy haciendo nada y punto, no tiene por qué ponerse así.

¿Y la rubia? –Odio cuando la voz de la conciencia llega y pregunta siempre sin avisar— La rubia no es nadie, solo le estaba haciendo la cobertura a Mike –me quedo pensando— Vale, está bien, era guapa la chica ¿Pero es que no hay chicas guapas en todo el mundo? Además, si no me acuerdo ya ni del nombre. Si es que parece que las mujeres tienen una alarma, un sexto sentido o algo así. No me llama nunca, y para un día que salgo y conozco a alguien, ¡toma llamada!

Yo no me hubiera enfadado. ¿Si ella fuera la que estuviera en el extranjero qué va a hacer, no? Pues salir, lo normal.

¡Eso no te lo crees ti tú! —vuelve a gritarme la voz de la conciencia. Puede que no sea celoso pero que salga tu novia, con sus amigas o con quien sea, en el extranjero y con todo lo que eso conlleva, a diez mil kilómetros de ti, eso le molesta a todo el mundo, las cosas como son, ¿o no? Y si encima me entero de que un rubio irlandés de esos guapetes la invita a dos cervezas, al día siguiente me cojo el primer vuelo a Dublín y se entera ese de cómo somos los españoles, vamos que si se entera.

Suspiro y desisto de montar el móvil, no quiero seguir pensando en la discusión.

Sin darme cuenta me encuentro delante de la residencia. Saludo al conserje y entro en mi edificio. Debe haber fiesta en algún apartamento porque la música se escucha desde el pasillo. Subo las escaleras cruzando los dedos para que no sea en el mío, por favor. Meto la llave y giro lentamente. Cojo aire y entro. No, no es en el mío.

— ¿Ya estás aquí? —pregunta Ossian abriendo la puerta de su habitación.

Ossian es mi compañero de piso, él es irlandés, se había mudado a la capital para terminar sus estudios de odontología.

— Acabamos con la cerveza del local — contesto— y tuvieron que cerrar.

Yo no sé por qué él me tiene por un bebedor en potencia, nada más lejos de la realidad. Pero con el tiempo yo le había cogido el gusto a seguirle la broma y creo que al final me iré de Irlanda con la etiqueta de español borracho.

— Fucking spaniard... (*Maldito español*)

— ¿Y tú, sales ahora? —Pregunto al verlo abrigado con su chaquetón blanco y con una maleta al hombro.

— Sí, cojo el tren en media hora. Voy a pasar el fin de semana en casa.

— ¿Entonces ya no nos veremos? —digo con cierto regusto de tristeza.

— De eso nada —me da una palmada en el hombro—, vendré a despedirte.

Le hago un guiño de ojos y nos abrazamos con fuerza.

— Disfruta de tus últimos días en Dublín, John.

— Lo haré... —le sonrío.

Cuando nos separamos puedo ver en sus ojos que se ha emocionado.

— Y tú aprovecha para comer de verdad —le digo intentando no dramatizar más la despedida.

Tiene gracia, pero es que él no sabe cocinar y, o cocinaba yo para los dos, o acababa pidiéndose algo para llevar. Pero no es que no supiera cocinar qué te digo yo, un cocido, no, es que no sabe ni cocinarse un huevo. Y le encantaba observarme a mí hacerlo. Me preguntaba por todo lo que hacía; *¿Y eso por qué se lo echas?, ¿Y si no se lo echas qué pasa?, ¿Y cómo sabes cuánto tiempo tiene que estar?*, y mira que yo tampoco es que sea un manitas en la cocina, eh, pero tener una madre andaluza como la mía tiene que servirme de algo, culinariamente hablando, claro.

Ossian sonrío, me estrecha la mano con fuerza y me promete que nos veríamos el domingo. Luego cierra la puerta con cuidado y se marcha.



Lo cierto es que le he cogido mucho cariño al irlandés. Es un tipo alto y esmirriado. Pelirrojo y de piel pecosa al que Mike y yo apodamos el Tirillas. Él es quien me ha enseñado casi toda Dublín y además fue quien me salvó la vida cuando crucé por primera vez una calle en Irlanda, porque aquí los coches vienen por la derecha, ¿sabes? Y hasta que te acostumbras tienes que tener a alguien salvándote la vida continuamente. En fin, que lo voy a echar de menos.

Cuando me quedo solo en la habitación me quito la ropa mojada y me tumbo en la cama. Apago la luz de la habitación e, iluminado solo por el flexo del escritorio, me armo de paciencia para intentar montar el móvil. Esta vez tengo algo más de suerte y descubro que si aprieto la batería con fuerza, aún funciona. Lo enciendo y marco el código PIN sobre la pantalla rota. Dejo que cargue la información y entro en Whatsapp. La última conexión de Lucía es de hace menos de media hora. Cuando nos enfadamos, ella suele cambiar la foto de perfil de nosotros dos y pone alguna con sus amigas. Esta vez aún la conserva. Eso me tranquiliza. Cierro Whatsapp entonces y me decido a escribirle un SMS.

\* \* \*

Aunque la música está alta, puedo escuchar el pitido del móvil. Es un mensaje, sin duda de mi novio. Él es el único que habiendo Whatsapp, aún me escribe mensajes. O es él o publicidad de mi compañía de teléfono. Aun así, consigo ponerme nerviosa y me precipito a buscar impaciente el

móvil en el interior de mi bolso. Me resulta incómodo porque estoy sentada en la parte de atrás del coche de Lolo con Rosa a un lado y, al lado de esta, otro chico al que acabo de conocer y apenas cabemos los tres. Consigo encontrarlo. Lo desbloqueo. Es él.

En tres días voy a poder estar ahí  
Para quitarte los enfados a besos.  
Hasta entonces solo puedo decirte que  
Confíes en mí.  
Te quiero, ¿vale?

Al leerlo no puedo evitar que una sonrisa tonta se me acomode en los labios. Rosa, sentada a mi lado, también lo lee y carraspea orgullosa. Yo la miro.

— ¿Ves?, te lo dije —me dice.

Me acomodo para contestarle cuando Rosa me sorprende pulsando el botón de bloquear el móvil. Yo vuelvo a mirarla sin entender nada. Ella me coge el móvil y lo guarda de nuevo en el bolso.

— Ya mañana, si eso... —desestima—. Sube el volumen Lolo, que hoy nos vamos de fiesta pero de verdad.

## Capítulo 4

La alarma del móvil no suena a la mañana siguiente y me despierto sobresaltado con la luz del sol. Intento mirar la hora pero el móvil no se enciende y en mi habitación no hay forma de saber qué hora es porque no hay más relojes. Me desperezo e intento imaginar qué hora sería. Pero no tengo ni idea, además los ojos se me vuelven a cerrar. Al cabo de un rato, cuando vuelvo a tener conciencia, me obligo a poner los pies en el suelo y joder, que frío. Vuelvo a desperezarme y aún dormido me dejo arrastrar hacia la ventana. Aparto las cortinas y la claridad me hace cerrar de nuevo los ojos.

— Quién me mandaría a mí a romper el móvil —me maldigo esforzándome por enfocar desde mi ventana y recién levantado, el reloj de la pared principal de mi residencia.

Las doce y media, consigo distinguir a lo lejos.

¡La ceremonia!

Al entrar de nuevo en la habitación me doy con la persiana en la cabeza. Me vuelvo a maldecir entre dientes y comienzo a vestirme con lo primero que cojo de la silla del escritorio. Sí, de la silla, porque no sé exactamente cuándo, pero llegó un momento en el que ya no colgaba la ropa en el armario, sino que la dejaba directamente en la silla y no sé por qué, acabó convirtiéndose en mi armario. Corro hacia la cocina y de mi armarito alcanzo dos magdalenas que no tardo en meterme

en la boca. Intento rescatar leche de la nevera pero no hay. Pues nada, magdalenas a palo seco, riquísimas. Me dirijo al cuarto de baño y, aun sin terminarme las magdalenas, me asomo al espejo descubriéndome una barba sin afeitarse y el pelo alborotado con restos de gomina del día anterior.

— Vaya con los irlandeses y sus ceremonias —protesto intentando disimular una ducha que no me había dado.

Cojo las llaves y salgo de mi piso haciendo un último esfuerzo por tragarme las dichas magdalenas. Después de que terminara de bajar las escaleras lo más rápido que puedo, el frío de la calle termina de despertarme. No tardo en subirme la cremallera de mi sudadera hasta el cuello y, mientras camino apresurado entre la gente, me saco el móvil del bolsillo para intentar montarlo de nuevo y ver si Lucía me había respondido el mensaje.

A todo esto, llevo prisa porque aunque las clases ya han terminado, se ha organizado en la universidad una ceremonia para la entrega de títulos y despedir a los alumnos que ya nos vamos. Era de obligada asistencia y yo, como buen español y andaluz con denominación de origen, llego tarde, olé por mí, reafirmando tópicos desde mil novecientos noventa.

Consigo hacer que el móvil se encienda justo dos manzanas antes de llegar a la universidad. Tecleo impaciente el código PIN y espero a que carguen los datos. Y para sorpresa mía, no hay ningún mensaje. Me detengo en mitad de la calle y un pellizco se me coge en el estómago cuando descubro que tan solo tenía dos llamadas perdidas

de Mike. Intento entrar a Whatsapp pero el móvil se apaga antes de que lo consiga. Entonces lo guardo de nuevo en el bolsillo y reanudo mi marcha, esta vez con paso más lento, hacia la universidad. Intento no pensar en que no sé qué significa que no me haya respondido, pero se me rebela imposible. Por un instante pienso en llamarla, lo juro, pero no quiero ser pesado. Quizás aún no haya leído el mensaje, ¿no? yo qué sé, intento engañarme a mí mismo, aún es temprano, me repito, igual ayer se acostó y no lo leyó.

Y ensimismado, pensando en aquel nomenclajón de mi novia, llego a la puerta de la universidad. Y allí no puedo evitar acordarme de mi madre. Ella solía decirme que era muy despistado y que algún día perdería hasta la cabeza y, de hecho, lo era. Colgada en la puerta hay una pancarta enorme con letras en mayúsculas y de colores en la que pone que la ceremonia de entrega de títulos será a partir de las cuatro de la tarde. Tócatelos, Mari Loli. Pues nada.

Me enfado conmigo mismo porque siempre me pasa lo mismo. Me quedo observando aquel cartel con cara de tonto mientras pienso de mala gana qué hacer hasta las cuatro de la tarde. Miro a mi alrededor y, de todos los grupos que hay, no me apetece pararme con ninguno.

— Qué ganas tengo de irme ya de aquí —digo entre dientes decidiéndome a entrar en la universidad.

Me dirijo como puedo, entre todo el alboroto que hay montado con la preparación de la ceremonia, hacia mi taquilla. Que no es que tuviera nada importante guardado en ella, la verdad, pero

tengo que hacer tiempo y no se me ocurre nada mejor.

Cuando la abro lo único que encuentro son varios folletos de publicidad, un zumo a medio terminar de no sé qué día y un cuaderno que solo usé el primer día de clase. Nada de valor excepto una foto de Lucía y mía que pegué en la parte interior de la puerta. En ella, Lucía sale dándome un buen achuchón frente a un árbol de navidad en el centro de Sevilla, con su gorro de lana blanco y unos guantes rosas que le regalé. Despego la foto con cuidado de no romperla y le doy la vuelta.

Te quiero  
24-12-09

Sonrío y pienso que, de estar aquí conmigo y con lo friolera que es ella, la tendría siempre abrazada a mí como una niña pequeña.

No puedo evitar entonces acordarme de lo frío que tenía los pies siempre que se metía en la cama o de lo coloraditas que se le ponían las mejillas cuando paseábamos por el Guadalquivir, que acababa metiendo las manos en mis bolsillos y apretaba fuerte las mías recordándome siempre lo caliente que yo las tenía.

— Manos calientes, corazón frío —me decía siempre con voz infantil.

Luego me sonreía y se ponía de puntillas para darme un beso. Le encantaba robarme un beso con aquella frase, y a mí que lo hiciera.

## Capítulo 5

ANNA  
Dublín.

— ¿Pues no va y me deja el tío allí sola en la barra del bar con la cerveza? —le digo a Rachel.

En realidad llevo con la misma historia desde que entramos por la puerta de la universidad y Rachel ya hace como la que me escucha pero sé que no, que pasa, pero a mí me da igual, yo sigo indignada con aquel español que ayer decidió dejarme tirada como a una tonta.

— Vamos —continúo mientras andamos decididas por los pasillos de la universidad—, ni un adiós, ni un hasta luego, no, ahora vengo me dice el muy imbécil y yo, que soy más imbécil que él, todavía podría estar allí esperándolo.

— Suerte para hoy, Anna —me guiña el ojo Tom, un compañero de clase que me cruzo por el pasillo, yo le sonrío y sigo caminando con Rachel.

— Yo es que no sé cómo lo haces tú, a ti todo te sale bien.

— Sí, bien... —protesta entre dientes antes de que pueda terminar la frase.

— Para una vez que tomo la iniciativa y mira, me dejan plantada. Yo es que ya definitivamente no entiendo a los hombres, no los entiendo. Si te acercas te critican porque te acercas, porque eres una desesperada y entonces pasan de ti. Si no te acercas es que eres una creída y una estúpida que vive en un pedestal y que no le da la oportunidad a nadie, ¡Y dicen de nosotras!, ¡Ellos

sí que deberían venir con un manual de instrucciones!

Rachel sigue a lo suyo, con la mirada fija al final del pasillo que no terminamos de recorrer y es que hoy parece más largo que nunca, de verdad, si hasta me falta el aire. Igual es que estamos yendo muy deprisa. Por un momento me fijo en nuestros pies, acompasados, uno tras otro, resonando en las paredes de la universidad. No, hoy no llevamos un buen día ninguna de las dos.

— Wow, mi cantante favorita –me coge del brazo Susan y se acompasa rápida a nuestro ritmo— ¿qué, nerviosa? –dice con una sonrisa maléfica.

Nerviosa y enfadada, me entran ganas de decirle.

— Un poco, la verdad –contesto.

— Pues te hemos preparado una sorpresa –ríe divertida.

— ¿Qué sí? –Me detengo en seco—, ¿Qué es?, ¿Qué me habéis preparado? –pregunto impaciente.

— ¡Ah! Es una sorpresa, ya lo verás.

Me coge las manos y me da un beso en la mejilla.

— No te iba a desear suerte porque tú no la necesitas pero... ¡Suerte!, ¡Luego te veo en el escenario! –dice marchándose con su grupo de amigas.

— ¡Pero no me dejes así!, ¡Su! –se da media vuelta, me sonrío con ganas y sigue su camino.

¡Odio que me dejen con la intriga!



Alcanzo de nuevo a Rachel, que me espera unos metros más adelante cruzada de brazos, y seguimos caminando hacia la cafetería.

Todo esto de que me deseen suerte y me preparen sorpresas no es porque sí, quiero decir, no es mi día a día ni mucho menos. Todo esto es porque mi grupo y yo cantamos esta tarde en la ceremonia de entrega de títulos. Es nuestra primera vez en la universidad y además es la primera vez que un grupo de estudiantes de la universidad canta en la ceremonia y estamos todos un poco nerviosos. Bueno, poco es quedarse corta. Aunque no tenemos por qué estarlo porque todo el mundo está súper ilusionado con nuestra actuación y jugamos en casa como quien dice, pero lo estamos. Total, Anna, que no pienses en que tienes que cantar porque te pones más nerviosa aún. Para, piensa en otra cosa.

— ¿Qué te estaba contando, Rachel?

— No sé, algo de tu amigo el español, seguro.

— Ah, sí... —bah, ni yo tengo ya más ganas de seguir hablando de él— que eso... ¿bueno, y tú qué tal? —me decido a preguntarle a ver si así me cambia ya la cara que trae de casa, que vaya tela.

Rachel es mi amiga y compañera de piso desde que llegué a Dublín hace ya dos años. Una pelirroja de metro ochenta con unas piernas que ya las quisiera yo para mí y unas caderas de las que te mueres de envidia. Ella no es para nada como yo, o yo no soy para nada como ella. Y por eso, pese a todo lo que discutimos, somos tan buenas amigas, porque lo que no tiene una lo tiene la otra. Ella es muy loca, le encantan las aventuras y dice

enamorarse tres o cuatro veces al mes ¡A veces hasta a la semana! Claro que ella se lo puede permitir, es una seductora nata, no como yo que después de decidirme a acercarme a un chico, porque yo soy de pensármelo mil veces antes de acercarme a alguien, me deja tirada. Ella no, con ella los hombres caen rendidos con tan solo mirarlos. Eso los que se atreven a mirarla a los ojos, muchos se conforman con su noventa y cinco de pecho, que no es poco.

— ¿Yo? Patético —dice sin dejar de mirar al frente mientras seguimos caminando.

— ¿Patético por qué?

— Vaya noche... —resopla.

— ¿Buena o mala?

— Malísima.

— Qué exagerada eres... si yo he escuchado salir de casa al chico por la mañana temprano, tan mal no habrá ido.

— ¿Qué no? Un gatillazo le dio.

Yo no puedo evitar soltar una carcajada que retumba en todo el pasillo haciendo que la gente nos mire de forma extraña.

— ¿Tía, eres tonta? No te rías así.

— ¿Qué le dio un gatillazo? —le pregunto tapándome la boca con la mano.

— No, uno no, aquello no se le levantaba ni a la de tres.

Yo vuelvo a reír.

— En la vida me había pasado a mí eso, en la vida —se detiene en medio del pasillo— Anna, ¿tú no me ves guapa?

— ¿Pero tú eres tonta? ¡Pues claro que te veo guapa!

— Pues eso digo yo —dice convencida volviendo a retomar sus pasos— ¿alguien me puede explicar por qué no se le levantó? Porque mira que puse de mi parte —y me hace un gesto con la mano y con la boca.

Yo vuelvo a reírme.

— Mujer, estaría nervioso, que tú pones nervioso a cualquiera, el pobre, ya verás como para la próxima...

— No, próxima no, para que me deje como me dejó ayer..., que no flipe.

¡Anda, mira quién es! ¡El español! ¿Qué hace aquí?

— Mira, si estudia aquí —le dije con cierto disimulo a Rachel para que mirara al chico que estaba frente las taquillas.

— ¿Quién? —preguntó.

— John.

— ¿John?, ¿Qué John? —pregunta intentando calmarse después de haber recordado lo que le pasó ayer.

— El español.

— Ah, ¿ese es? —Dice mirándolo de arriba abajo— pues tiene buen culo el chico, eh.

Rachel se detiene.

— ¿No vas a decirle nada?

— ¿Yo? Que me lo diga él —digo tirándole del brazo para seguir caminando.

— Pero si no te ha visto.

— Seguro que sí.

— Pero si está de espaldas, Anna.

— Bueno, pero me dejó tirada ayer, si quiere algo que venga él.

Rachel se encoge de hombros y se deja arrastrar por mí.

En realidad me muero de ganas por decirle algo pero es que yo también me tengo que hacer querer un poco, ¿no? Encima, vamos. Además seguro que ni se acuerda de mí, capaz es, ¿te imaginas?

— Te mueres de ganas por decirle algo —me dice.

— ¿Quién yo? —Asco de Rachel, cómo me conoce—, que va —le miento.

— No... —ironiza—, luego no me des la lata con que debiste haberte acercado, que nos conocemos, te lo aviso.

— ¿Sí?, ¿Y qué le digo? —Me paro y lo miro disimuladamente—. Hola, soy de la que huiste ayer...

— Anda ya Anna, huir ni huir. Acércate y ya está, no le des más vueltas, ¿ves? Eso es lo que te pasa siempre, que piensas demasiado y de tanto que piensas las cosas te acabas cansando y al final no haces nada.

— ¿Y si me hago la despistada cerca suya y...

No me deja terminar. Me coge del brazo y me arrastra hasta él.

— No, no, Rachel ¿qué haces?, ¡Para!

## Capítulo 6

Busco la cartera en el bolsillo trasero de mi pantalón vaquero y guardo en ella la fotografía. Mientras termino de limpiar el resto de la taquilla puedo ver las piernas de dos chicas detenidas tras la puerta de la misma. Una viste unos shorts con unas piernas kilométricas y unas Vans negras, la otra, un poco más baja, calza unas Converse rosas y unos vaqueros ajustados. Una de ellas carraspea en voz alta para que yo, por si no lo había hecho, me diera cuenta de que están allí. Antes de cerrar mi taquilla intento adivinar qué dos chicas pueden ser, pero ninguna de las dos siluetas que se dibujan bajo la puerta de la taquilla consiguen recordarme a ninguna chica que yo conozca. Entonces cierro la puerta y sorprendo a las dos chicas en una de esas discusiones silenciosas que a veces tienen las mujeres en un idioma de gestos que los hombres desconocemos. Cuando reparan en que las estoy mirando se apresuran a firmar un repentino tratado de paz y me miran en silencio. En medio de aquel silencio, la pelirroja, que era la más alta, empuja hacia a mí a la rubia. Esta me sonrío y yo me quedo mirándolas a las dos intentando entender por qué me asaltan en el pasillo dos chicas que no conozco. Aunque espera, la rubia... ¿Dónde he visto yo antes a la rubia?

— Que por qué dejaste a mi amiga tirada ayer en la barra del bar —se precipita a decir la pelirroja, así, sin anestesia.

¡Ostras, la rubia de la discoteca!, ¡Y la pelirroja de Mike!, ¿Pero qué hacen aquí?

— Eso —conviene la rubia, de nombre Anna, que esta vez lleva colgada en su espalda una guitarra en su funda.

— Hola —acierto a decir sin demasiado éxito.

Y digo sin demasiado éxito porque las dos chicas se quedan cruzadas de brazos esperando una explicación por mi parte. Una explicación que no llega porque ¿Qué les digo?, ¿Qué discutí con mi novia y acabé estampando el móvil contra el suelo? Tengo que buscarme una excusa.

— ¿Eh? —insiste la pelirroja sin darme tiempo para pensar.

— No sé... —me encojo de hombros—, yo n...

— ¿Cómo que no sabes?

No sé qué decir, desde luego aquello no me lo espero.

— Porque a ti te dará igual, pero la que lleva aguantándola desde ayer soy yo, eh, que lleva toda la mañana poniéndome la cabeza así, que si español para arriba, español para abaj...

— ¡Rachel! —La interrumpe—, ¡Que eso a él no le interesa! —acaba la frase entre dientes.

— Claro que le interesa —ríe orgullosa para sí misma—, a ver, venga dime, ¿por qué te fuiste, eh?, ¿Qué pasa, no te gusta?

— ¿Qué? — ¡Pero esto es lo más surrealista que me ha pasado en la vida!

— Mi amiga —repite de mala gana—, que si te gusta mi amiga.

— Hombre, es guapa —admito.

— O sea, que sí —hace una pausa para mirar a su amiga con una media sonrisa—, ¿y sueles dejar plantada a las chicas que te gustan?, ¿Así es como tú ligas?, ¿Así se liga en tu país?

— ¡Pero que yo no la he dejado plantada!

— Ah, qué tu no la dejaste plantada —se gira hacia su amiga—, ¿fue él, Anna?

— Claro que fue él —asiente convencida.

— ¿Entonces mi amiga está mintiendo?

— No —digo casi sin poder seguir el ritmo de la conversación.

— O sea, que sí, que fuiste tú.

— Rachel, para ya anda —apunta Anna.

— A ver, que yo solo me fu...

— ¿Te parece de un caballero —no me deja terminar la frase— dejar a una señorita plantada en la barra de un bar?

— Rachel... —vuelve a insistir Anna.

— Oye, pero que yo no... — ¿pero esta de qué va?—, que tú también la dejaste tirada por mi amigo.

— Ah, que yo también la dejé tirada —enarca una ceja—, ¿Ahora insinúas que soy mala amiga?

— No, yo no ins...

— Acabas de hacerlo —me interrumpe.

— Bueno pues sí, eres una mala amiga.

La pelirroja, atónita, se vuelve a cruzar de brazos.

— ¿Pero se puede tener más cara? —dice.

— Rachel, que te enciendes... —dice Anna llevándose dos dedos al entrecejo—, tú no le sigas más el rollo —me dice a mí.

— No, es que yo lo flipo —la pelirroja vuelve a cargar—, o sea, primero dejas en la barra del bar

a mi amiga, sola, sin despedirte, como quien se olvida yo qué sé, la chaqueta.

— Rachel, respira... —volvió a insistir Anna.

— Y luego —continúa ignorando a su amiga—, no contento con eso, vienes a mí y me dices, a mí, que soy mala amiga ¿tú le encuentras sentido a lo que dice, Anna?

— Yo no le encuentro sentido a nada ¿Podéis...

— ¿Pero de qué hablas? —Esta vez interrumpo yo a la pobre Anna— pero que yo no he ido a buscarte, si yo estaba tan tranquilo y has llegad...

— ¡No —me interrumpe—, si encima seré yo la culpable de que pases de mi amiga!

— ¿¡Pero queréis dejarlo ya!? —grita Anna dejando el pasillo en silencio.

Todos nos miran. Nosotros la miramos a ella. Vaya con el genio de la rubia.

— Tú, Rachel, te veo luego en la ceremonia —la despide.

— Pero...

— ¡Adiós! —no la deja terminar y a empujones la saca de allí.

— Tú, a la cafetería conmigo —me ordena.

— ¿A la cafetería?

— Sí, a la cafetería —me repite la orden.

Me agarra del brazo y aturdido me dejo poner en marcha a tirones. En un último intento de querer entender lo surrealista de la discusión que acababa de tener con aquella pelirroja de la que no conocía ni el nombre, ah sí, Rachel, me giro para buscarla con la mirada. Ella, que esperaba que yo



lo hiciera, me hace un gesto amenazador y me advierte que tenga cuidado con su amiga. Anna hace lo mismo que yo y cuando se gira, su amiga se precipita a cambiar aquel gesto amenazante por una amplia sonrisa y nos despide felizmente con la mano. Anna y yo nos miramos. Ella se aguanta una carcajada y sigue caminando tirando de mí. Yo no sé qué cara poner ni qué decir.

## Capítulo 7

Aun sin saber muy bien qué hacía en la cafetería con Anna, me pongo con ella al final de la cola del comedor. Ella coge una bandeja y luego me pasa otra a mí. Yo aún estoy pensando en la forma en la que me habían asaltado en el pasillo.

– ¿Tienes hambre? –pregunta.

Yo siempre tengo hambre, se me antoja responderle, y es verdad, no importa la hora que sea o lo que haya comido antes, siempre tengo hambre. Pero al final solo asiento.

– A ver qué ponen hoy –dice poniéndose de puntillas para intentar ver, a través de las cabezas de los demás, cuál es el menú de hoy.

Yo le doy un toque en el hombro y le señalo un cartel en que el que se detalla el menú completo de toda la semana justo al lado de nosotros. Ella me sonrío y comienza a leerlo para sí misma. Me hace gracia porque achina los ojos para enfocar, yo tampoco veo nada de cerca. Además tiene un movimiento extraño de pies, como si se hiciera pipí.

– Uff, odio las lentejas –protesta.

– Las de aquí no sé cómo estarán pero mi madre hace unas que están para chuparse los dedos.

– Qué suerte –dice volviendo a mirar el menú, parece que tiene mucha hambre—, ¿qué vas a pedirte tú? –me pregunta mordiéndose el labio.

– No sé –ahora se me han antojado las lentejas, llevo sin comer caliente desde que llegué

aquí— creo que las lentejas y de primero..., de primero el pollo rebosado.

– Vale, yo me pediré el pollo también y la lasaña —Se gira hacia a mí con urgencia y me mira— ¿Oye, si voy al servicio te me escaparás como ayer? —me pregunta, su movimiento de piernas es aún más inquieto, parece que se hace pipi de verdad.

Me hace gracia su ocurrencia y le sonrío.

– Ve tranquila que aquí te espero.

– Vale —se apoya en mi brazo y me dice seria— el pollo rebosado y la lasaña. De beber un zumo y si de postre tienen las natillas, pues las natillas, sino, lo que tú te pidas, ¿vale?

– Creo que sí —le digo intentando memorizarlo todo.

Me da su bandeja y sin decir nada más se sale de la fila y acelera el paso hasta el baño. Pero no tarda en volver sobre sus pies.

– No me fio de ti —dice descolgándose la guitarra—, toma.

Yo la miro con las dos manos ocupadas, ¿qué quiere?

– Anna, que no me voy a...

– A ver, mete la cabeza —dice poniéndose de puntillas para colgarme la guitarra— no, así no, cuidado la bandeja... ¡John!, así.

– Anna, que me ahogas —digo con la cuerda al cuello.

– Quejica, ¿es que eres muy alto! A ver, agáchate, un poco más —protesta— Ahora, ¿ves? Ya está.

Y acabo con una bandeja en cada mano y con la guitarra colgada en la espalda balanceándose de un lado a otro, un espectáculo.

– Ahora tengo un concierto así que si te escapas con mi guitarra igual mis fans pueden enfadarse contigo. Pero no es una amenaza, eh –me guiña un ojo.

– Anda, no tardes.

Sonríe y se marcha.

Para cuando llega mi turno Anna aún no ha llegado. Coloco las dos bandejas en el mostrador de la barra y las deslizo, con cuidado de que el vaivén de la guitarra colgando en mi espalda no dejara caer nada. Cojo servilletas y cubiertos para dos y le digo a la cocinera que me sirva pollo rebosado en las dos bandejas. Ella me pregunta que qué guarnición quiero y eso no me lo había dicho Anna ¿Querrá patatas, no? Me quedo pensando un instante y miro hacia los servicios a ver si la veo venir, pero no aparece.

– No sé... —la cocinera deja caer su peso sobre una pierna y resopla— pon patatas en los dos —improviso, no sé que es lo que come esta chica y la paciencia de la cocinera no ayuda.

– ¿Y de segundo? —me dice de mala gana.

– Lentejas y en el otro lasaña.

– ¿De pollo o de atún?

Y yo qué sé. Vuelvo a mirar hacia la puerta de los servicios, ¿pero por qué tarda tanto?

*En esos instantes, en el baño.*

Al fin me toca entrar, me venía haciendo pipí desde que salí de casa. Qué mal me sientan a mí los

nervios, es un ir y venir del baño constante. Uff, qué a gusto. Desde luego, hacer pipí cuando una se lo hace de verdad es uno de los mayores placeres de la vida. Eso y quitarse unos tacones o el sujetador, de verdad que sí. A ver quién es el que me envía a mí ahora un Whatsapp, que no deja de vibrarme. Me saco el móvil del bolsillo y miro de quién es el mensaje. Hay varios. Abro el de Rachel.

— No me des las gracias... —escribe y al lado una carita sarcástica.

— Jajajaj eres un sol —y le adjunto el icono del sol— voy a almorzar con él.

— Súper nenas 1, tu ligue 0 —y al lado pone un puño con el pulgar hacia arriba— Por cierto, es muy mono.

Y para que Rachel reconozca que un chico que a mí me gusta es mono, es que es muy mono. ¡Ella nunca le da el visto bueno a ningún chico que a mí me guste!

— Ya, pero es mío —le envió la carita con las gafas de sol.

— Tranquila, después de lo de ayer no quiero nada con tíos.

¡Cuándo quiere es más exagerada!

Dejo el móvil a un lado y me incorporo. Luego tiro de la cisterna. El móvil vuelve a vibrar.

— Mira, hablando del rey de Roma. Al habla el impotente.

Suelto una carcajada.

— Que no lo llames así, pobre.

— Que si quedamos me dice.

— Dile que se venga al concierto y luego nos vamos los cuatro en parejas.

¿En parejas?, ¿He dicho en parejas con un chico al que no conozco de nada?

– ¿Hola?, ¿En parejas? –me escribe Rachel, sí, no eran alucinaciones mías, lo había escrito. ¿Soy tonta o qué?

– Tú me entiendes –le respondo, con el icono de la lengua fuera.

– Ya veremos..., por cierto ¿qué haces escribiéndome si estás con él?

¡Se me va por completo que lo había dejado solo en la cola del comedor!

– Estoy en el baño pero me voy ya, luego te veo.

– Avisa cuando termines –y me manda un beso.

Yo le mando otro y me guardo de nuevo el móvil en el bolsillo. Salgo de la cabina del baño y dejo entrar a otra chica que me mira mal, no sé, tanto no he tardado. Me asomo al espejo y me miro de arriba abajo. Qué pelos tengo, así como voy a gustarle a nadie. Me enjuago las manos y me sonrió a mí misma ¿Cómo tengo los dientes? De haber sabido que iba a comer con él me hubiera pintado los labios por lo menos. Anna, tranquila. Cierro los ojos y cuento hasta tres. Estás guapísima. Me miro una vez más y me colocó el pecho bajo el sujetador. Allá vamos.

*En la cola del comedor.*

– Hey man, hurry up (*Eh, tío, date prisa*) – me dice el guiri de atrás mía.

Aunque si lo piensas, el guiri soy yo porque soy el que está fuera de su tierra. El caso, que tengo ya al guiri y a la cocinera locos perdidos.

– De pollo mismo –me decido.

– De pollo –repite entre dientes.

Y sin ningún tipo de delicadeza suelta un cazo de lasaña en el plato. *Plof*.

Cuando llego a la zona de las bebidas me encuentro con cinco zumos distintos. Resoplo. A saber cuál es el que le gusta a ella. A mí de chico me gustaba el de piña y uva. Cojo el de piña y uva. Pero las chicas de siempre han preferido el de melocotón, ¿no? El melocotón es un sabor para chicas. Creo. Suelto el de piña y cojo el de melocotón.

El guiri de atrás chasquea la lengua impaciente. Aquí todo el mundo parece que tiene prisa hoy, oye, menos Anna, ella se toma su tiempo en el baño, ¡A saber qué estará haciendo en el servicio!

– Siete euros con cincuenta –dice la cocinera encargada de cobrar.

Vuelvo a mirar a los baños. Pues nada, otra vez pago yo. Que mal acostumbrada está la rubia esta.

Le abono la cuenta y hago malabares para coger las dos bandejas con la guitarra a cuestas.

Cuando consigo salir de la fila, el guiri pesado le comenta algo a la cajera que no consigo entender, algo no muy bueno, seguro.

A ver dónde me siento.

– ¿Ya? –Me dice Anna que llega por mi espalda— pero si yo tengo el bono del comedor ¿por qué no te has esperado?

¡Ah, que por qué no me he esperado dice! Cualquiera se esperaba allí con el guiri ese impaciente y la cocinera, que lo único que le ha faltado ha sido darme con el cazo en la cabeza.

Yo me encojo de hombros sin querer decirle nada más.

– A ver... ¿ves dos asientos libres? –Arruga la nariz poniéndose de puntillas para buscar un sitio— ah, mira sí, aquí, ven.

Y me adelanta dejándome allí con las dos bandejas y la guitarra bailándome en la espalda.

– Anna, esperam... —le digo guardando el equilibrio por momentos.

– Ay, perdón.

Observa las dos bandejas y después de analizarlas me quita la suya.

– ¿No había ensalada para el pollo?

La miro y se me escapa una risa maléfica ¡después de la que he liado en la cola me vas a decir que si no había ensalada!

– No importa —dice.

Soltamos las bandejas en la mesa y antes de sentarse se mete una patata en la boca. La patata le quema.

– Ay... —protesta.

– Por ansiosa —le digo—, ¿dónde te pongo la guitarra?

Aun intentando enfriar la patata sin sacársela de la boca extiende los brazos y coge la guitarra. La posa en el suelo con suavidad y la coloca a un lado de la mesa.



– Al final no te has ido –sonríe esta vez sentándose en la silla.

Se sienta sobre una pierna, dejando la otra colgando.

– Me va a costar trabajo quitarme el Sambenito, eh.

– ¿Quitarte el qué? –dice abriendo el zumo de melocotón, parece que con el zumo si he acertado.

– Mi fama de *abandonador* de chicas en la barra del bar.

Ríe.

– Es broma –le da una chupada a la pajita—, casi prefiero que nuestra primera cita sea aquí que en la barra de un bar.

Ahora soy yo el que ríe.

– ¿Cita?

– Bueno, estamos solos, vamos a almorzar, nos estamos riendo... se puede considerar una cita, ¿no?

Yo me quedo mirándola con una sonrisa a medias sin saber qué responder. Lo cierto es que tiene razón, esto parece una cita. Improvisada, pero una cita. Tiene un morro increíble y eso empieza a gustarme. No sabes por dónde te va a salir.

– ¿Qué miras? –sonríe sacándome de mis pensamientos.

En realidad solo la miro a ella. El sol le da de frente y le dibuja una mirada casi transparente, porque no sé si lo he dicho, pero sus ojos son azules, pero no azules normales no, azules cristalinos, una pasada. Los mechones que se escapan de su pañuelo en forma de diadema brillan a su alrededor como si tuviera una aureola en la

cabeza. Es un fotograma perfecto para una película y solo yo tengo el privilegio de estar tomando aquel primer plano.

– Nada –digo sumergiendo la cuchara por primera vez en las lentejas.

No están malas. O eso o es que yo tengo muchas ganas de comer caliente, que también puede ser.

– Oye –dice tapándose la boca con la mano antes hablar—, aún no se me ha olvidado que tienes que enseñarme a pronunciar tu nombre.

Sonrío. Verdad, la última vez no fue capaz de pronunciarlo.

– Aunque por ahora te seguiré llamando John –dice cambiando el plato de pollo por el de lasaña—, ¿Qué te trae por Dublín, señor John?

Me mira haciéndose la interesante. Definitivamente está loca. Y me encantan las locas.

– Estoy aquí estudiando el C1.

– Genial, ¿y te va bien?

– Hoy me dan el título.

– Ah... —se sorprende pero no me parece que se alegre demasiado— ¿entonces ya has terminado?

– Sí.

– ¿Y te vas?

– En tres días –realmente ya solo me quedan dos.

Fuerza una sonrisa y da una pinchada a la lasaña.

– Supongo que tienes ganas ya de volver a casa, ¿no?

Hasta ahora ni yo mismo me había hecho esa pregunta. Suspiro y me dejo caer sobre mi espaldero.

– Un poco –digo poco convencido, ella me contesta con una sonrisa leve.

No puedo evitar pensar en el mensaje de Lucía. En el mensaje que no me había enviado. Y acordarme de Lucía hace que me entren ganas de montar el móvil de nuevo y revisar si se había decidido a contestarme. Pero no es ni el momento ni el lugar. No quiero pensar en eso ahora.

– ¿Tú tampoco eres irlandesa, no? –pregunto intentando cambiar de tema, no me apetece hablar de mi vuelta a España.

Sus ojos me sonríen.

– ¿Por qué lo dices? –frunce el ceño.

– Por tu acento, no es tan cerrado como el irlandés, es más... —pienso un instante— melódico.

Sonríe. Cuando sonrío arruga la nariz y le queda muy infantil. Además sus paletas estaban ligeramente separadas y eso la hace parecer aún más niña. Es realmente guapa, la verdad, ¿Pero quieres dejar de pensar tonterías? Qué tienes novia, tío.

– No me lo habían dicho nunca –dice terminándose un bocado de lasaña— lo cierto es que soy de Noruega. Me vine aquí a terminar la carrera de arquitectura hace dos años y aquí sigo.

– ¿Pero la terminaste?

– Sí... pero me enamoré de Dublín y me quedé a vivir.

– ¿Así, sin más?

– Así –repite—, sin más.

Vaya, yo creo que no sería capaz de dejarlo todo y venirme aquí a vivir. Para eso hay que tener un motivo de peso, ¿Cuál fue el suyo?

– Cuando regresé a Noruega –se aventura a continuar— me encontré con una relación rota, ¿sabes? Mi vida allí no era como yo la recordaba, todo había cambiado. Mis amistades, mi familia, yo misma ya no era la misma. No sé, creo que ya no había nada que me mantuviera atada allí. Así que decidí seguir con la vida que había empezado aquí.

Y al escuchar su historia me acuerdo de Unamuno; “se viaja no para buscar un destino, sino para huir de donde se parte” sin ser conscientes de que a veces el problema está dentro de nosotros y no fuera y que, por muy lejos que nos vayamos, sea lo que sea lo que tengamos dentro, nos perseguirá. Pero ese ya es otro tema. Se fue por amor. O por desamor en su caso. Al fin y al cabo es por lo que nos movemos ¿no? ¿Realmente hay algo que el amor no pueda hacer? ¿Cuántas locuras se hacen por amor? ¿Y por desamor?

– ¿Y te fue bien? –pregunto humedeciéndome los labios con mi refresco.

– Claro –sus labios vuelven a dibujar una de sus infantiles sonrisas— ahora estoy terminando el máster y acabo de conocer a un chico súper guapo, ¿se puede pedir más?

Me mira orgullosa y sonrío sentándose sobre la otra pierna.

– ¿Y tú qué? Cuéntame algo de ti –me dice.

– ¿De mí? –pienso.

Entonces casi accidentalmente vuelvo a pensar en el dichoso móvil y en el mensaje.

Definitivamente hoy no tengo ganas de hablar de mí. Me apetece seguir escuchándola a ella.

– Yo también acabo de conocer a una chica muy guapa.

¿Pero tío, qué haces?, ¿De verdad le has dicho eso? Yo qué sé, me ha salido solo.

Me quedo observando nervioso su reacción, que no fue otra que una mirada de esas de “Sí, seguro que eso se lo dices a todas” y me hace gracia.

– ¿Oye y la guitarra?, ¿Tienes ensayo ahora o algo?

– ¿No has visto los carteles? –dice sorprendida dándole una pinchada a su lasaña.

Si hubiera visto los carteles ahora mismo seguiría durmiendo. Y me alegro de no haberlo hecho porque de ser así no estaría almorzando con Anna.

– No, ¿por qué?

– Ahora canto con mi grupo en la ceremonia.

– ¿Vas a cantar en la ceremonia?

– Sí, ¿te quedarás a verme?

– Si me lo pides tú, sí –me hago de rogar aguantándome una sonrisa aunque en realidad me ha entrado la curiosidad por escucharla cantar, vamos que sí, que me quedo, claro. Ella hace una mueca con la boca.

– No flipes.

Me hace gracia lo rápido que se pica.

– ¿Qué vas a cantar? –le pregunto inclinándome hacia ella.

– Ah, es una sorpresa –me guiña un ojo—, si quieres saberlo vas a tener que quedarte.

– ¿Te sabes alguna en español?

Se queda pensando un instante.

– Creo que no.

No sé de qué me sorprende, es normal, ¿qué grupos internacionales tenemos en España que pudiera escucharse en Noruega?, ¿Te imaginas a un noruego cantando por Raphael?

– Podrías enseñarme alguna –dice.

Suelto una carcajada.

– Yo no tengo ni idea de cantar.

– Yo te enseño –se lleva una pinchada de lasaña a la boca con la mala suerte de que el queso le mancha la barbilla.

Busca una servilleta con la mirada pero solo encuentra la suya usada. Yo también he usado la mía y no se la puedo ofrecer. Entonces se aparta de la mesa arrastrando la silla para no mancharse los pantalones y comienza a agitar las manos de forma extraña. Yo no me puedo aguantar la risa.

– Es solo queso, chúpate.

Me mira desafiante. Sin decir nada se moja el dedo en lasaña y se inclina para mancharme la cara ¡Eso sí que no me lo espero!

– Es solo queso –me imita—, chúpate.

– Jo, jo –acepto el desafío.

Cojo una patata, la mojo en lasaña y se la tiro.

– ¡Serás capaz! –dice lanzándome esta vez un trozo de lasaña.

– ¡Anna! –grito esquivándola como puedo, ¡se ha vuelto loca!

– ¡Sí, ahora dime Anna! –dice tirándome patatas sin parar.

– ¡Anna, quieres parar! –yo me intento defender, y como dice un dicho, la mejor defensa

es un buen ataque, ¿o era al revés? Vamos, que esquivo las tuyas lanzándole las mías.

– ¡John, que no me tires!, ¡Oh, esa iba manchada!, ¡Que ahora tengo que cantar!

Los chicos de la mesa vecina corren sus sillas a un lado pero a nosotros no nos importa, la guerra sigue abierta.

– ¡Eh, chicos!, ¡Esto no es una guardería! – grita la cocinera desde el fondo dejándonos a los dos quietos como estatuas.

– ¿Ves? –dice enfadada, tirándome a escondidas de la cocinera, la última patata que tiene en su mano.

Yo no le tiro las mías y volvemos a nuestras sillas como personas normales. O al menos aparentando serlo.

– Es la primera vez que me riñen en la cafetería en cuatro años, que lo sepas.

– Pero si has empezado tú.

Me mira. Menudas pintas que tiene con salsa en la cara y restos de patatas en el pelo. No sé si reírme o no.

Ella no tarda en soltar una carcajada. Supongo que de cómo estoy yo.

– A ver, deja que te ayude –digo levantándome de mi asiento.

Cojo una servilleta de la mesa de al lado, le tomo la cara con una mano y con la otra comienzo a limpiarle.

– ¿Has oído hablar de la delicadeza? – protesta.

– No te quejes más.

Y solo por fastidiarla insisto con la servilleta hasta por donde no tiene nada manchado. Ella hace

muecas con la nariz y los labios intentando librarse de mí. Es una niña chica, lo que yo te diga. Cuando termino la sorprende, y me sorprende a mí mismo también, dándole un beso en la mejilla. Ella abre los ojos y me busca con la mirada.

– ¿Y eso? –me pregunta.

– Un beso de regalo –digo volviendo a mi silla.

¿Un beso de regalo?, ¿Y eso a qué ha venido?, ¿Eres tonto? Yo qué sé, la he visto ahí tan cerca y tan yo qué sé, que me he dejado llevar, ¿qué pasa?, ¿No puedo darle un beso? Joder, tan solo ha sido en la mejilla.

Ella no sabe qué decir, ¿le habrá molestado?

– ¿Y si me mancho de nuevo me das otro? – amenaza cogiendo una patata.

No, no le ha molestado. Me contagia su sonrisa.

– No, ya no hay más besos –al menos por ahora.

– Jo...



## Capítulo 8

Esa misma mañana,  
En Sevilla.

La música está tan alta que no puedo escuchar a mis amigas.

– Vamos a pedirnos otra copa, ¿vienes? –leo en los labios de Rosa.

A mí aún me queda un poco de vodka con limón en mi vaso y niego con la cabeza. Me dicen que no me mueva de aquí y se van agarradas de la mano serpenteando entre la gente. Yo no les obedezco. Vacío mi vaso de un trago y lo suelto en una mesa repleta de otros vasos vacíos.

– ¡Me acabo de enamorar, morena! –me dice uno intentando sacarme a bailar.

Mi mirada lo espanta y se vuelve hacia sus amigos ¿Pero qué se cree?

Miro hacia la barra pero me es imposible ver a mis amigas. Perfecto. Yo también me hago hueco entre la gente y consigo llegar a la escalera que conduce hacia la planta baja de la discoteca. Allí otros chicos, con mayor o menor sutileza, me piropean. Todos son iguales, parece que entran en una discoteca y les colocan un molde en la cabeza. No ven otra cosa que tetas y culos. Comienzo a bajar la escalera con ayuda de la barandilla, juro que la copa que acabo de terminarme será la última de la noche.

Suena *Mi reina* de Henry Méndez. La sala entera rompe en una ovación sin fin. Todos corren

a buscar pareja y, los que ya la habían encontrado, encuentran en aquella canción la oportunidad perfecta para lanzarse.

Yo desde la escalera intento encontrarlo. Me parece imposible con los flashes, con las manos que suben, a través de la gente qu... ¡allí está! En la barra. Un escalofrío me sube desde el ombligo a la cabeza y una sonrisa tonta se me acomoda en los labios al ver que está solo, ¿Ves como no tenía que desconfiar de él? Vamos, ¿a qué esperas?, ¡Acércate!

Termino de bajar la escalera e impaciente vuelvo a hacerme hueco entre la gente. Tengo unas ganas locas de abrazarlo, de decirle que le quiero, de besar... pero el corazón me da un vuelco cuando llego a él y lo descubro susurrándole algo al oído a una chica. Ella mira al suelo y sonrío. Él no me ve. El resto de la pista desaparece, estamos solos en aquella enorme sala, los tres, y yo soy invisible para él.

Le quita la copa a la chica y dejándola sobre la barra la invita a bailar. Ella se deja hacer. El corazón se me acelera. Tengo ganas de llorar.

– ¿Juan? –pero no me oye.

La coge de la mano y le da una vuelta sobre sí misma. La envuelve con sus brazos y la invita a pegarse más a ella. Más, un poco más. Se miran. Sus caderas se mueven al mismo ritmo. Sus bocas se buscan. Se besan.

– ¡Deja a mi chico en paz!

– ¡Deja a mi chico en paz! –grito despertándome sobresaltada sobre mi cama.

El corazón se me va a salir del pecho. Estoy llorando y el pijama se me pega húmedo a la piel.

Miro a mi alrededor. Estoy en mi cuarto, no hay música, ni gente, ni ninguna puta que quiera robarme a mi novio. Suspiro y me dejo caer sobre la cama. Me llevo la mano al pecho, intento relajarme pero me es imposible.

– ¿Niña, qué ha sido ese grito? –me asusta mi madre abriendo la puerta de mi cuarto.

– Tranquila, estoy bien –respondo—, ha sido una pesadilla.

– ¿Te levanto la persiana? –me dice.

– ¿Qué hora es?

– Casi las dos.

¡Las dos!, ¿A qué hora llegué a casa ayer?

– Sí –contesto disimulando mis lágrimas.

Mi madre entra, sube la persiana y abre la ventana para airear el cuarto.

– Ya te queda poco, dentro de una semana se acabó, a las siete en planta para la universidad, ¿lo sabes, no?

Mi madre y su peculiar manera de darme los buenos días. Sí mamá, lo sé.

– Mamá, no me lo recuerdes...

– Bueno, bueno..., tú ve preparándote.

Sale del cuarto y encaja la puerta. Yo me quedo un instante pensando en aquella horrible pesadilla y no quiero ni pensar que pueda ser verdad. Tengo que dejar de pensar en eso. Necesito hablarle.

Estiro el brazo y cojo el móvil de la mesita de noche. Tengo algunos Whatsapp, nunca entenderé la gente que no para de hablar por los grupos, de verdad. Con el dedo deslizo la lista y

busco la pestaña de mi novio. Me doy cuenta de que es la primera vez que su conversación está tan para abajo en la lista de contactos. Y eso no me gusta nada. La abro y reproduzco su último audio. De fondo no se escucha nada, solo su voz.

– Buenas noches, bueno... cuando escuches esto seguramente sea de día así que, buenos días – se ríe, su risa hace que yo también me ría y sin saber por qué, esta vez se me saltan las lágrimas—, espero que estés aprovechando ya sin mí por allí porque en seis días, bueno ya en cinco –rectifica—, vuelvo para darte la murga como tú dices. No te voy a dejar en paz, ¿lo sabes no? Me vas a tener hasta en la sopa porque tengo muchas, muchas ganas de ti, ¡Vas a estar deseando de que me vaya otra vez, ya verás! –Vuelve a reír— bueno... que te mandaba esto para recordarte que te quiero, por si se te había olvidado. Así que ahora que lo he hecho me voy yo a dormir. Un beso Lu, sueña bonito, yo soñaré contigo. Te quiero.

No se me olvida que me quieres, me repito a mí misma, no se me olvida. La grabación se termina y clico en su imagen. De perfil tiene una foto suya en Irlanda, de noche, sale sonriendo, contento, feliz. No es que no me guste verlo feliz pero me duele pensar que no soy yo el motivo por el que sonrío. Al menos no en esa foto. Salgo de ella y busco en la bandeja de entrada el mensaje que me envió ayer por la noche después de nuestra discusión. Entonces el móvil vibra. Es un Whatsapp de Rosa.

– Menos mal que te despiertas, cenicienta.

– Tía, he tenido una pesadilla horrible –le pongo la cara de El grito de Munch.

– Me la cuentas en la piscina, ¿te parece? – me adjunta un guiño de ojos.

No entiendo nada, ¿Qué piscina?, ¿Todavía hay piscinas abiertas?

– ¿Qué piscina?

– Jajaja ¡sorpresa! –adjunta esa carita sonriente que enseña los dientes— la de Lolo, acaba de invitarnos a pasar allí el día.

– Bueno, día..., ya es la hora del almuerzo.

– Por eso, ponte el bikini que te recojo en quince minutos. Dice que tienen allí una barbacoa.

– No sé, Rosa... —la verdad es que no tengo muchas ganas de piscina, además ¿Por qué nos invita Lolo a su piscina si no lo ha hecho nunca?

– Vamos, Lu, hay que aprovechar el verano que esto ya se acaba.

No sé. Seguramente me vendrá bien para no pensar. ¿Qué hago, voy o no voy?

– Dejo el Whatsapp, te veo en un rato – vuelve a escribirme.

Suspiro. Está bien, voy, pero hoy pronto para casa.

– Vale –y le mando un beso.

Salgo de Whatsapp y entro de nuevo en la bandeja de entrada. Pienso un instante si responderle el mensaje a Juan. Sí, tengo que respondérselo. Quiero respondérselo, necesito hacerlo ¿Pero qué le pongo?, ¿Lo siento? Después de la que le lie ayer no puedo ponerle solo un lo siento, no. Ya han sido muchas veces las que la he cagado con mis celos. Esta vez tengo que currármelo. A ver..., no se me ocurre nada. Él es muy bueno para estas cosas ¿Qué me pondría él en mi lugar? Yo qué sé. Vamos, tienes que estar a la

altura. Mmm. Nada. Bueno, seguro que en la piscina se me ocurre algo. Bloqueo el móvil. Eso es, desde la piscina cuando esté más relajada le mando un mensaje. O mejor, lo llamo y hablamos, que lo mío es hablar, pero ¿y si no quiere hablar? Claro que va a querer hablar ¿por qué no va a querer?

## Capítulo 9

¿Ya no hay más besos, jo?, ¿Desde cuándo digo yo, jo?, ¿Qué tengo, quince años? Seguro que ya lo he espantado. ¿Es que a quién se le ocurre decir, jo? Total, ¿y qué más da? espantándolo o no, se va a ir de todos modos. Pff, tres días, ¿Por qué tengo tan mala suerte con los chicos? No lo entiendo. Yo creo que mi media naranja definitivamente no es de este planeta. O puede que sea yo la que no es de este mundo. Pero, Anna, ¿quieres dejar de decir tonterías?, ¿Qué media naranja ni qué niño muerto?, ¡Si lo conoces desde ayer! Eso digo yo, ¿qué hago hablando de medias naranjas ni de nada? No aprendo, yo no aprendo. No me entero de que en el siglo veintiuno ya nadie se plantea eso de las medias naranjas ni del amor ni nada. Y así me va.

Pero es que es tan... ¿Jo, no podría quedarse un poco más?, ¿Otra vez estás con el jo? Además, ¿Para qué quieres que se quede más tiempo, Anna? Que nos conocemos, lo mejor va a ser que te olvides de él. Ya está, lo he pasado bien. Bueno, muy bien. Ok, me ha encantado. Pero ya está. Fin del tema. Se acabó. Es un tío y tíos hay cientos, miles, por todos lados y que hasta ahora a este no lo conocías y no te ha pasado nada. Mírate, sigues viva. Ahora a centrarte en el concierto. Cojo aire y lo suelto. Además, si a lo mejor tú ni le gustas, ¿Pero no habíamos dicho que se acabó el tema? Vuelvo a coger aire ¿Y Rachel por qué no habla?, ¿Qué le pasa? La miro. Sonríe para ella misma.

Camina a mi lado mientras se escribe con alguien por Whatsapp.

*En ese mismo instante,  
entre Mike y Rachel.*

— ¿Tu amiga sigue con John? —pregunta Mike.

— ¿Por qué?

— Porque tiene el móvil apagado ¿puedes decirle que me llame?

— No, Anna ya está conmigo.

Mike pone una cara triste.

— ¿Esa era tu excusa para hablarme?

Mike se ríe y piensa un instante qué responder. Es dura, le gusta tirar fuerte de la cuerda, ¿Ahora qué hace él?, ¿Se deja arrastrar? Quizás si él también tira de la misma cuerda acabaría por romperse. Además, después de lo de ayer, piensa que no es el más indicado para hacerse de rogar.

— Sí —se decide a poner y espera impaciente a que Rachel termine de escribir.

— Pues te ha quedado un poco previsible.

¿Un poco previsible? Mike vuelve a reír.

— ¿Y si te invito a salir esta noche también me quedará previsible?

— No sé...

Rachel no se imagina cómo pone a Mike cada vez que se hace la dura. O sí, quizá por eso lo haga.

— ¿Qué no sabes? —pregunta Mike.



— Te lo vas a tener que currar más que anoche, muchachito.

— Hoy te voy a demostrar cómo es un pura sangre español.

— ¿Ah sí?, ¿Me vas a poner un documental? —le adjunta un guiño.

— Te voy a dar clases prácticas, pelirroja.

— No sé si prefiero el documental...

*En ese mismo instante,  
En los pasillos de la universidad.*

— ¿Rachel?

Pero me ignora, teclea impaciente el móvil con una media sonrisa en los labios. Me asomo a la pantalla de su móvil y la descubro hablando con el amigo de John.

— ¿Oye, pues no que no ibas a volver a quedar con él?

Se guarda el móvil en el bolsillo y se aclara la voz.

— No voy a quedar —dice orgullosa.

— Ya... —va a quedar, pero ella es así.

Después en el fondo no es nadie, pero la primera impresión que da es esa, de borde.

— ¿Y tú con tu chico, qué? —me cambia de tema.

¿Mi qué?

— Nada de mi chico —ojalá.

— Con John.

— Pss..., bueno...

— ¿Has estado todo el almuerzo con él y lo único que tienes que decirme es *pss..., bueno?*

Quizás estoy siendo injusta con él ¿pero qué le digo?, ¿Qué me encanta la forma en que me habla?, ¿Su acento?, ¿Qué no sé qué me pasa pero que me tiemblan hasta las pestañas cuando me mira con esos ojos suyos castaños?, ¿O que se va en tres días y que se va a olvidar de mí, de la lasaña, de la cerveza y de todo? Paso. Cojo aire. Lo mejor es pasar.

— Sí —digo cabreada conmigo misma—, además, casi nos echan de la cafetería por su culpa. Es un chulo.

— ¿Entonces no vas a quedar con él después del concierto? —me pregunta.

— No lo sé.

Rachel se queda mirándome, yo hago como la que no me doy cuenta.

— ¿Qué te pasa? —me pregunta.

— ¿A mí? —La miro—, nada, ¿por?

Se encoge de hombros.

— Tú sabrás —y no le da más importancia—, mira, ahí está tu grupo —me indica con la cabeza— ¿te veo luego, vale?

— No, yo sabré no —me planto delante de ella—, ¿qué ibas a decirme?

— Yo nada, Anna.

— Rachel... —insisto.

Suspira y se deja caer ligeramente sobre una pierna.

— ¿Sabes cuál es tu problema?

— Ah, que tengo un problema —resoplo.

— Sí, lo tienes.

— ¿Cuál?

— Tu problema es que no dejas que las cosas fluyan, Anna —me mira fijamente— no sé a qué le

tienes miedo, en cuanto ves que hay algo que no puedes controlar ¡chas! –Chasquea los dedos— pasas, te alejas, sales corriendo. Quieres tenerlo siempre todo calculado, medido con escuadra y cartabón.

— Soy arquitecta, Rachel –la interrumpo.

— Pero es que la vida no se puede medir en centímetros ni en milímetros, Anna, no hay reglas ni metros ni nada para eso. La vida no viene con un plano para que puedas ordenarla y diseñar la vida de tus sueños. Tienes que dejar las cosas venir y no pienses en el mañana porque quizá ese mañana nunca llegue. No esperes a tener la casa de tus sueños, el trabajo de tus sueños o el hombre de tus sueños para empezar a hacer las cosas. No esperes si quiera a que llegue el momento perfecto para hacerlas Anna, porque ese momento nunca llega, siempre hay un pero, siempre hay algo que podrías mejorar. Siempre. Y si te quedas esperando a que pase algo, al final, lo único que pasa, es la vida. Y no la vida que tú quieres precisamente.

¿Hola?, ¿Rachel?, ¿Esta es la Rachel que yo conozco o me la han cambiado?

Intento decir algo, no sé, defenderme al menos, pero no acierto a decir nada. Ella se queda mirándome con normalidad, como si no acabara de decir nada.

— ¿Necesitas que te desee suerte para el concierto? –me dice, sin esperar a que yo diga nada más del tema.

Yo niego con la cabeza aun sin poder pensar con claridad. Ella me guiña un ojo.

— Búscame, eh –dice ya alejándose—, estaré con estas, ¡a ver qué sorpresa te tienen preparada!

La observo alejarse desde mi loseta. Me siento pequeña. Diminuta. Tengo la sensación de que todo a mi alrededor ha crecido. El techo, las paredes, todo. Y yo allí, en medio, sola entre tanta gente.

— ¿Anna? —Rob, el batería, me da un toque en el hombro.

Yo lo miro sin saber muy bien ni dónde estoy.

— ¿Estás bien? —me pregunta.

Le sonrío.

— Claro.

— Vamos, te estamos esperando, queda solo una hora.

Y lo sigo hasta la sala de usos múltiples donde nos espera el resto del grupo.

## Capítulo 10

Cuando salgo del baño me encuentro con la cocinera, sí, esa señora que casi me da con el cazo por no decidirme con el menú, la misma que nos llamó la atención a Anna y a mí por declararnos la guerra con la lasaña. Está cruzada de brazos delante de la mesa en la que había tenido lugar la batalla, resoplando y maldiciendo en inglés. Los chicos de la mesa de al lado asienten indignados. Yo me detengo en la puerta de los servicios y pienso en cómo salir de allí sin que me vean, pero para hacerlo debo pasar por su lado, no hay otro camino. Cojo aire y disimulo con paso normal. Qué vergüenza, ¿A quién se le ocurre ponerse a tirarme lasaña? A una loca. Una loca como Anna.

Cuando ya casi consigo atravesar la puerta del comedor noto que las quejas de la cocinera se paran de golpe y el murmullo de la de los chicos de al lado se queda en silencio. No se escucha nada. Me temo lo peor. Me han visto, me han reconocido ¡Cómo para no hacerlo!, ¡Mido uno noventa y soy el único moreno andaluz que hay en el comedor! Si yo lo sabía, que antes de que terminara el curso me ganaba una bronca.

Intento seguir caminando como si aquello no fuera conmigo pero me resulta imposible, siento sus miradas clavadas en mi nuca. No puedo evitar mirar de reojo y como me imaginaba; las dos parejas y la cocinera me asesinan con sus miradas. Yo les sonrío pero ellos a mí no. Me detengo. Ellos

siguen mirándome expectantes ¡Todo sea por dejar en buen lugar a los españoles en Dublín!

Vuelvo sobre mis pasos y me aclaro la voz antes de hablar. Aquella señora da miedo de verdad. Me recuerda a la señorita Transbull ¿os acordáis de ella? La profesora mala de Matilda, la que mandó a un pobre niño goloso a comerse una tarta enorme de chocolate y tenía un cuarto pequeño con clavos en las paredes que se hacía llamar “El asfixiadero” donde encerraba a los niños más traviesos, pues esa. No se me olvidará en la vida.

— Siento haber puesto toda la mesa perdida —le digo, creo que suena sincero.

Pero ella no hace ademán de querer hablar y la expresión de su cara no cambia. Los chicos de la mesa de al lado siguen mirándome fijamente. La verdad es que lo hemos dejado todo hecho una guarrada, qué vergüenza.

— Si quieres te ayudo a limpiarla —me aventuro.

La señora, de nombre Meg, o eso es lo que pone en su chapa, abre los ojos sorprendida y mira a los chicos de la otra mesa.

— Va, venga —digo ofreciéndome a coger la escoba—, yo termino.

La señora, aunque no sonrío, parece satisfecha. Se quita los guantes y me los da.

— Frota bien con la fregona porque si no los restos de salsa se secan y mañana no hay quien los quite —me dice—, y no te olvides de subir las sillas a las mesas cuando termines.

¿Las sillas a las mesas? ¿Todas?

— Pero señora, yo me referí...

— Muchas gracias, jovencito —me pellizca la mejilla sin dejarme acabar—, ya sabía yo que un chico tan alto y tan guapo no podía tener mal corazón.

— Pero lo que yo quería decir es que le limpiaría mi m...

— ¡Ay, no sabes qué alivio, con lo que me duele a mí la espalda hoy!

Y se va, dejándome allí con el carrito de la limpieza.

Miro a mi alrededor ¿pero cuántas mesas hay?, ¿En serio tengo que limpiar el comedor entero? No vuelvo a ofrecerme para nada más. Resoplo. Escucho risas de los chicos de la mesa. Se ríen de mí descaradamente. Los miro con desaire y se precipitan a ponerse serios.

No hago otra cosa que mirar el reloj. Queda solo media hora para que dé comienzo la ceremonia y en el comedor solo quedo yo, enfundado en unos guantes de caucho amarillos y en un delantal azul, terminando de fregar el suelo. Meg está terminando de limpiar la cocina.

— No, no, está cerrado —intercepto a un grupo que quería pasar al comedor.

— Vamos al baño —dicen.

— Es que está el suelo mojado.

— Da igual, pisamos flojito —insisten.

— ¡Que no! —Elevo el tono—, más tarde.

El grupo se queda mirándome y protestan en voz baja dándose media vuelta. Venga ya, hombre, no habrá más servicios en toda la universidad que tienen que venir a pisarme a mí. De pronto se escuchan aplausos a lo lejos ¡La ceremonia! Mojo la fregona y al plantarla en el suelo me salpico los

pantalones. Mierda. Por un instante me planteo soltarlo allí todo e irme. Pero Meg me da pena. Suspiro resignado. Ya podría haberle dado una fregona también a Anna.

— ¡Illo, qué haces! —es la voz de Mike.

Lo miro. Qué alegría más tonta de repente.

— ¿De limpiadora? —me dice no pudiendo evitar reírse de mis pintas.

Yo también me reiría de mí.

— Toma, tío —digo pasándole una fregona—, me vienes perfecto.

— Eh, eh ¿pero por qué? —dice cogiendo la fregona por sorpresa.

— No preguntes, tú ayúdame.

Protesta pero acaba guardándose el mp3 en el bolsillo y moja la fregona en el cubo.

— ¿Cogiéndome de primo, no?

— Limpia aquel cuadrado de allí y yo este.

— ¿Esto que es para subir nota? —me pregunta.

— Esto es por la rubia, tío, que se le va la pinza.

— ¿Aún no estáis juntos y ya te ha mandado a fregar? —Resopla— no sé si te conviene esa mujer, eh.

Río.

— Al final has acabado conociéndola —dice volviendo con su fregona—, parece que estabas destinado. Hala, ya está.

Yo también termino. Me quito los guantes y el delantal y lo dejo todo en el carrito. Intento ver a través de la barra a Meg pero no lo consigo. El camino hacia la barra sigue mojado. Suenan más aplausos.



— Vámonos que llegamos tarde —le digo a Mike, mañana me despediré de Meg.

Cuando salgo del comedor me doy cuenta de que el cielo ya está más oscuro que de costumbre. El sol cada vez dura menos en Irlanda.

Todo está desértico. En los pasillos no queda nadie, todos están ya en el patio.

— Vamos, Mike.

— Sí, ahora méteme prisa —dice pasando la lengua por el papel del pitillo que se está preparando.

A Mike le da igual que no se pueda fumar en la universidad, lleva fumando todo el curso y siendo hoy el último día no iba a cortarse.

— Bueno, ¿y con esta, qué? —me pregunta—, ¿bien?

— ¿Con Anna?

— Claro, ¿hay tema? —dice encendiéndose el cigarro.

— ¿Cómo va a ver tema, tío? Yo tengo novia.

— ¿Y qué? —Le da una feroz calada al cigarro— ven, voy a mear.

— Pero Mike, la ceremonia...

— ¿Qué quieres macho? Si yo iba a mear en el comedor y tú me has puesto a limpiar... — protesta—, será un minuto.

Entramos en el baño, un murmullo que recorre los pasillos mudos de la universidad crece desde el patio. De fondo puedo escuchar alguien hablando por un micrófono, pero no entiendo lo que dice.

— En realidad es muy guapa —digo recostándome sobre el lavabo.

Aprovecho para sacar el móvil y comienzo a montarlo para ver si Lucía me había respondido el mensaje. Seguro que sí.

— Claro que es guapa tío.

— Las dos son compañeras de piso –le digo.

Meto el código PIN.

— ¿Qué son compañeras de piso? –Su voz suena excitada desde dentro de la cabina del baño—, no jodas, ¿sí?

— Sí.

Sale de la cabina subiéndose la cremallera del pantalón con el cigarro entre los labios.

— Tío, entonces vamos a quedar esta noche con ellas, ¿no o qué?, Hostia –se queda mirando mi móvil— ¿qué le ha pasado a tu móvil, macho?

— Que se me ha caído esta mañana –miento— y ahora se me apaga a los dos minutos.

— ¿Qué se te apaga dices? Tienes suerte de que se te encienda, ten cuidado a ver si te va a dar un calambre o algo.

Sonrío impaciente y vuelvo a mirar la pantalla del móvil. Necesito leer ya su mensaje, quiero saber cómo está.

— A ver, tío –retoma la conversación abriendo el grifo para lavarse las manos— es sencillo: vamos a su casa, cenamos tranquilitos, musiquita, cervecitas... y papapa-pam. ¡Salimos de Dublín por la puerta grande, macho!

— No sé, Mike.

Al móvil le cuesta arrancar. Yo rezo para que no se apague.

— ¿Cómo que no lo sabes? –Me mira incrédulo—, ¿tú no serás bujarra, no?

— Que no –desestimo—, pero que yo tengo novia, que no me puedo qued...

— ¿Qué no puedes por qué?, ¿Cuál es el problema?

Ladeo la cabeza.

— Mira –dice terminándose de secar las manos con papel—, yo prometo solemnemente no decirle nada a tu novia –levanta una mano y la otra se la lleva al pecho— hala, ya podemos quedar.

Sonrío. En realidad puedo ir aunque sea a cenar, ¿no? Vamos, si ellas quieren. Una cena entre amigos no tiene nada de malo, ¿O sí?

— No sé... —dudo esperando a que termine de cargar la base de datos del móvil.

Y para sorpresa mía no hay mensaje. Ni de Lucía ni de nadie. De nuevo solo dos llamadas perdidas de Mike. Siento que el estómago me arde y empiezo a ponerme nervioso, ¿De verdad no hay ni un solo mensaje?

— ¿Qué te pasa tío? Que se te ha puesto muy mala cara.

— Que no me ha respondido el mensaje – respondo.

— ¿Quién? –me pregunta sacando también su móvil.

— Mi novia...

— ¿Qué le pasa? –me pregunta sin levantar la vista de la pantalla del suyo.

— No sé, tío –resoplo—, que se ha rallado porque ayer me llamó y estaba en una discoteca. Tsss...

Entro en la carpeta de mensajería y miro la memoria. Seré estúpido. Claro que tengo espacio

libre. ¿Por qué no me responde el mensaje?, ¿Qué le pasa?, ¿Tan enfadada está?

Chasqueo la lengua y miro al techo intentando entender por qué no tengo ningún mensaje en el móvil.

— Pues yo creo que esto es una señal —me dice.

— ¿El qué? —le pregunto de mala gana— ¿Qué no me haya respondido?

— No, esto.

Me enseña el móvil. Es una foto en Facebook. Un grupo de chicos en una piscina. No entiendo nada. Espera ¿Esta es Lucía?, ¿Es ella?

— ¿Esa es mi novia? —le digo quitándole el móvil.

— Sí.

Amplío la foto. Sale con Rosa y con una amiga más en una piscina. A su lado el tal Lolo ese, ¿Pero qué hace ese ahí? Joder, ahora sí que estoy empezando a enfadarme de verdad.

— ¿Y tú cómo tienes el Facebook de mi novia? —le pregunto a Mike pasando de foto.

Hay otra de ayer subida esta misma mañana por Rosa. En el reservado de una discoteca. El puto Lolo otra vez al lado de mi novia ¿Pero a qué juega?

— De cuando hablamos una vez por Skype en tu casa, no sé, me agregó ella.

Yo aún no puedo creerme que aquellas fotos sean de verdad. Le doy el móvil a Mike. ¿Yo aquí preocupándome por un mensaje y ella allí de fiesta y de piscineo?, ¿En serio?

— ¿Qué? —me dice.

Me encojo de hombros. Ahora mismo no sé ni qué pensar.

— ¿Entonces sí, no? Hay cena –dice con media sonrisa.

Lo miro.

— No me tientes... que ahora mismo no estoy de humor.

— Hay cena –se le escapa una risa.

— No, no hay cena.

— Hay cena y lo sabes –dice buscándome el fallo para darme un golpe cómplice, yo me defiendo— Va tío, hay cena –se ríe, yo sigo cubriéndome de sus intenciones.

Esta vez los aplausos suenan más fuerte. La ceremonia ha empezado.

— Mike, tío, vámonos –digo incorporándome sobre el lavabo—, al final nos quedamos sin títulos.

— Que sí, pero que hoy hay cena –insiste saliendo el baño detrás de mí— ¡Esta noche sí, John –celebra—, esta noche es la noche!

## Capítulo 11

¿Sabes? Cada vez que nos enfadamos  
me doy cuenta de cuánto te quiero.  
Perdóname por desconfiar de ti  
a veces me pueden las ganas de verte  
y de saber que cuando vuelvas  
sigas siendo para mí.  
|...

Escribo sentada en la orilla de la piscina. Las puntas de mis pies dibujan círculos en el agua, a veces pequeños, otras grandes. De fondo suena Bailando, de Enrique Iglesias. Rosa y Cris están junto a la barbacoa que Lolo ha sacado al patio. Junto a ellas dos amigos de este.

Hace un día estupendo, un sol casi de verano y la casa está sola para nosotros. Aunque el día podría ir mejor si mi novio y yo estuviéramos bien. Resoplo y vuelvo a releer el mensaje para seguir escribiendo.

Solo quedan dos días  
para volver a verte  
y no te imaginas lo largos que  
se me están haciendo.  
Si te apetece hablar llámame,  
¿vale?  
|...

Una sombra crece en mi espalda y me oscurece el móvil.

– Hola.

Es Lolo.

– Hola –le saludo girándome hacia él.

Tengo que achinar los ojos para verlo porque el sol me da de frente. Lleva puesto un sombrero de paja y un bañador azul. En una mano un botellín de cerveza y en la otra un bote de crema.

– ¿Qué tal? –dice poniéndose en cuclillas tras mi espalda.

Dejo el móvil entre mis piernas sin pulsar el botón de enviar, antes quiero volver a leerlo.

– Bien, hace un día estupendo.

– Sí –asiente ofreciéndome el botellín, yo niego con la cabeza, la cerveza no me gusta— pero tú estás como ausente, ¿Te has echado crema? – pregunta.

– No –me miro los hombros—, pero este sol ya no quema ¿no?

– Yo siempre tomo precaución.

Me río y le golpeo el pie.

– No seas mal pensada –sonríe tomándome el pelo con las dos manos—, trae anda, que te vas a quemar.

Destapa el bote y se echa en las manos. Al primer contacto la crema está muy fría y yo resoplo.

– ¿Qué te pasa, a ver? –pregunta extendiéndome la crema primero por los hombros.

– Nada –pero no suena convincente ni para mí misma.

– Ya... —sus manos se extienden en abanico por mi espalda— ¿Es por Juan?

– Sí –asiento cerrando los ojos para intentar relajarme con su masaje, la verdad es que parece que se le da bien darlos.

En realidad me apetece hablar con alguien sobre mis miedos. Solo Rosa sabe que he discutido con mi novio y no quiero insistir y fastidiarle el día de piscina a ella también.

– ¿Todo bien?

– No... —confieso—, ayer me enfadé mucho con él y no sé si fui justa.

– ¿Qué hizo?

– Nada..., yo suelo enfadarme por tonterías.

– Tus razones tendrás —sus manos dibujan espirales en mi espalda.

Espirales que suben como hormiguitas hasta mi nuca y bajan en cascada recorriendo toda mi espalda. Me pregunto si no está bajando demasiado. No, desecho esa idea de mi cabeza, es solo un masaje.

– Si te enfadaste no serán tonterías —continúa—, al menos para ti.

Y no le falta razón. A veces, lo que para una persona es una tontería, para otra es un mundo. Suspiro resignada. Al ser humano le encanta complicarse la vida y más con los sentimientos ¿Pero quién es capaz de controlar lo que siente?

– Me sentó mal que saliera de fiesta, solo eso.

Él no dice nada. Sigue masajeándome, esta vez los hombros. Aprieta con fuerza y suelta, aprieta de nuevo y vuelve a soltar. Consigue relajarme. Creo que quiere que siga hablando.

– No sé..., supongo que es normal que salga. Pero me da miedo. Llevo mucho tiempo sin verlo —continúa— y lo echo mucho de menos. Cuando vuelva a verlo seguro que se me quitarán todas las tonterías de la cabeza.



Lolo carraspea y deja de masajearme. Me rodea y se sienta a mi izquierda con su botellín de cerveza. Le da un trago. Yo me armo de valor y me aventuro a preguntarle lo que realmente quiero saber.

– ¿Tú le serías infiel a tu novia si te fueras al extranjero?

Me arrepiento de haberle hecho la pregunta, ahora no sé si quiero saber la respuesta.

Deja su botellín a un lado y me mira. Esta vez el sol le da de frente a él y tiene que fruncir el ceño. Me hace gracia su cara y su sombrero de paja pero los nervios me impiden reírme. Seguro que le sería infiel, total, no iba a enterarse nunca.

– A ti no –responde.

Me sorprende. ¿A mí no? Su ocurrencia me hace reír.

– ¿Sí o no? –insisto dejando escapar una risa tonta.

– A ti no –me repite.

– ¡No seas tonto! –le digo salpicándole agua con la mano.

Él se ríe intentando esquivarme.

– Oye, que es la verdad –me dice poniéndose en cuclillas sobre el borde de la piscina.

Sumerge la mano en el agua y me salpica.

– ¡Niño, el móvil! –me cubro.

Antes de que pueda reaccionar me quita el móvil y yo me lanzo a cogérselo pero no lo consigo. Lo deja a un lado en el césped y se abalanza sobre mí.

– ¡No, no, Lolo, para!

¡Y los dos acabamos en la piscina!

– ¡Lolo! –Grito saliendo a flote con los pelos mojados sobre la cara—, ¡Mis pantalones!

Me sorprende con una ahogadilla por la espalda.

– ¡Lolo! –Emerjo cogiendo una buena bocanada de aire—, ¡Para!

Intento devolverle la ahogadilla pero de nuevo soy yo la que acaba bajo el agua.

– ¡Eh, chicos –oigo gritar a Lolo al salir de nuevo a flote—, tiradlas a ellas también, vamos!

– ¡No, no, ni se os ocurra! –gritan Rosa y Cristina.

Pero sus súplicas no sirvieron de nada. Los dos amigos de Lolo acaban tirándolas al agua ¡A Rosa incluso con el pareo! Entonces no tarda en desatarse una guerra en la piscina.

## Capítulo 12

<<Y un año más, como viene siendo  
costumbre  
en nuestra universidad,  
celebramos la despedida de los alumnos  
que hoy nos dejan...>>

Dejar todo fluir. Dejar que las cosas fluyan  
¿Pero qué tengo que dejar fluir? El chico es mono,  
vamos, que sí, que me gusta —me encanta— Pero  
se va en tres días, ¿qué cosas pueden fluir en tres  
días? Nada. Y si fluyera algo sería absurdo porque  
lo único que conseguiríamos sería quedarnos con  
las ganas. Tres días, pff, todo acabaría antes de que  
nos diera tiempo si quiera a empezar nada. Me  
siento como una cenicienta frustrada, con límite de  
tiempo, con fecha de caducidad. A las doce en  
casa. A las doce, justo cuando empieza lo mejor.  
Solo que aquí ni hada madrina ni calabaza ni nada.  
Bueno sí, calabaza sí. Una calabaza enorme como  
la carroza de cenicienta es lo que me va a dar  
cuando se vaya.

<<En nombre de toda la universidad, espero  
que os hayáis sentido como en casa y que  
recordéis Emerald University no solo como  
la universidad donde terminasteis vuestros  
estudios, sino también como el hogar que os...>>

Me asomo a través del telón del escenario. Está lleno. Nunca habíamos tocado con tanto público. Los nervios empiezan a revolotearme inquietos en el estómago. Cojo aire y lo suelto lentamente. Las manos me sudan. Miro al resto del grupo. Todos están igual de nerviosos que yo, caminan de un sitio a otro, no pueden estarse quietos. Rob, que parece el más calmado, juega a hacer malabares con las baquetas pero se le cae una. Protesta y la recoge. Me mira y me sonrío. Definitivamente su risa es igual de nerviosa que la de los demás.

— ¿Cómo estáis, chicos? —entra Marie, la coordinadora del evento.

— ¡Yo no sé si puedo hacerlo! —Explota Steve, el bajista, todos nos giramos hacia él— ¿habéis visto la de gente que ha venido?, Fuck!

— ¿En eso consistía, no? —dice Rob.

— Ya tíos, pero yo no puedo... —se lamenta y da una arcada— Llevo todo el día sin comer nada y mira —los nervios le provocan otra arcada.

— ¿Quieres relajare? —dice Rob serio— ahora mismo no es el momento de ponerse nervioso.

Rob suena duro, quizás demasiado duro para el pobre Steve. Marie me mira desconcertada y yo me encojo de hombros sin entender nada, es un momento difícil para el grupo, es nuestro primer concierto multitudinario y no nos hace bien a ninguno que alguien pierda los nervios como los están perdiendo Rob y Steve.

— ¡No puedo relajarme! —Grita, está muy nervioso y el murmullo del público de fondo no le ayuda a calmarse— que no toco tíos, que no soy

capaz de subirme ahí arriba. Lo siento pero yo no toco.

Se descuelga el bajo y lo suelta en una silla. Rob, Lauren y Marie no dan crédito a lo que acaban de ver. Yo tampoco. ¿Cómo que no toca?

— ¡Steve, espera! –voy tras él antes de que cruce la puerta, él se detiene— ¿A dónde vas?

— Que no puedo tocar, Anna, así no, mira – me enseña la mano, le tiembla el pulso como jamás antes le había temblado.

— Steve, lo vas a hacer genial, ¿vale? Mírame –le tomo la cara con mis manos pero no consigo que me mire— mírame, ¿quieres?

Resopla y me mira. Está pálido y tembloroso.

— Steve –le susurro—, estamos jugando en casa, esta es nuestra universidad y aquí la gente sabe lo bien que tocas el bajo.

— Yo toco bien el bajo en mi casa Anna o entre nosotros ¡Pero no delante de tanta gente! Joder, que la voy a cagar.

— Cálmate..., vamos a hacer una cosa.

— Anna, yo lo sient... —intenta deshacerse de mí pero yo no se lo permito.

— Mira, mírame –intento calmarlo acariciándole los brazos— cuando estemos allí arriba vas a cerrar los ojos, ¿vale? Vas a cerrar los ojos y te vas a poner muy cerca de mí, ¿me escuchas?

— Sí.

— Y te vas a imaginar que estás solo conmigo, en casa, y que estás tocando para mí. Solo para mí. Como cuando componemos, ¿ahí no te pones nervioso verdad? –le sonrío.

— No sé si eso va a funcionar, Anna...

— Tú confía en mí, ¿vale? Hazlo por mí, por nosotros. Ahora mismo te necesitamos. No podemos subir ahí arriba sin ti.

— Ni queremos —dice Lauren—, este es nuestro momento, Steve.

— Así es —contesto yo.

— ¿Cuántas veces me has dicho que ojalá fuéramos capaces de llenar un pub de esos donde tocamos, eh? —dice Lauren de nuevo— pues aquí lo tienes, esto son por lo menos tres pubs, o cuatro.

— Esto es por lo que nosotros ensayamos, ¿no? —Le aprieto las manos— Es nuestro sueño y los sueños dan miedo, un sueño tiene que dar miedo, ¿Qué te crees que nosotros no lo tenemos? Mírame, no he tenido más miedo en toda mi vida.

Steve nos mira atentamente pero no se decide a decir nada. Yo busco la mirada de Rob, que está sentando al fondo sin querer inmiscuirse en la conversación. Él siempre ha considerado a Steve el más débil del grupo y todos sabíamos que esto ocurriría antes o después. Pero somos un grupo y como grupo debemos ayudarnos siempre. Cuando consigo que Rob me devuelva la mirada le hago un gesto sin que Steve se dé cuenta y le ordeno que nos ayude. Él resopla y se incorpora.

— Nuestro sueño está allí arriba, en el escenario ¿piensas quedarte justo a un paso de alcanzarlo? —Dice Lauren— Vamos, no me jodas.

Steve parece más calmado, pero sigue sin decir nada. Yo, mientras, no dejo de acariciarlo.

— Yo también tengo miedo —dice Rob llegando hasta nosotros— pero sé lo que quiero... y lo que quiero es que subamos todos juntos allí arriba y que cuando estemos tocando y todas las

personas que han venido a vernos se estén dejando la voz con nosotros, nos miremos y sintamos por primera vez en todo este tiempo que todo ha merecido la pena. Así que cuélgate el puto bajo porque no pienso dejarte aquí, ¿te enteras?

Rob a veces parece muy duro pero sé que en el fondo no lo es, es todo un caparazón de cartón lo que tiene.

Abraza a Steve y luego Lauren nos abraza a los dos. Rob vacila unos segundos y luego se suma también.

— Os odio —protesta Steve—, no sé cómo lo hacéis pero siempre acabáis convenciéndome.

— ¡Viva Serenade! —Grita Lauren.

— ¡Viva! —contestamos todos y comenzamos a saltar abrazados.

— ¡Si la cago va a ser culpa vuestra! —grita Steve.

Por un momento no me importa ser la más enana de todos y estar apretujada en medio de aquellos tres salvajes dando saltos. Son mis salvajes, son mi grupo y los quiero a todos y a cada uno de ellos. Y este es nuestro momento.

Marie busca mi mirada entre el alboroto y me dice que quedan tan solo cinco minutos. Ahora la que está nerviosa de verdad soy yo. Le guiño un ojo y ella se marcha dejándonos allí a los cuatro dando saltos y animándonos para templar los nervios.

*En ese mismo instante, en el patio.*

<<Porque vosotros siempre seréis nuestros

alumnos, aquellos que nos enseñaron a cómo  
ser  
la universidad que vosotros...>>

Llegamos al patio. Está toda la universidad al completo aquí reunida. No cabe nadie más, lo juro. Se hace de noche por momentos y todo empieza a estar oscuro. La rectora de la universidad se encuentra en el escenario iluminada por un foco, la única luz que hay en todo el recinto, mientras lee un discurso desde su atril. Tras ella un telón rojo que no deja ver nada más.

— Ya ha sido la entrega de títulos –protesto entre dientes— ¿Qué haces Mike? –le pregunto, observando como inquieto no deja de ponerse de puntillas buscando algo.

— Estoy buscando a la pelirroja –dice.

— Pero tío, hay casi mil personas aquí y no se ve nada, ¿cómo piensas encontrarla?

Resignado se está quieto.

— Qué perra te ha entrado con la pelirroja, Mike.

— Es que está buenísima, macho. Llama tú a la rubia, ¿no? Que seguro que está con ella.

— Shh... escucha a la rectora, que nos está dedicando unas palabras.

<<Porque en la vida nunca se deja de ser un  
alumno,  
yo misma, aunque vosotros me veáis como  
rectora,  
no dejo de ser una alumna más. Y aunque no  
lo creáis  
yo también aprendo de vosotros...>>



— Pero si yo no entiendo lo que dice, además, tienes que llamarla para quedar esta noche, ¿no?

— ¿A quién?

— ¿A quién va a ser John?, ¡A la rubia! —Me hace gracia su desesperación— que tenemos que... —se calla y mueve las caderas hacia adelante y hacia atrás de forma obscena—... a dos irlandesas, macho.

— Noruega —le corrijo.

— ¿Qué?

— Que ella es noruega.

— Como si es filipina, tío, qué más da.

— Mike, que Anna canta ahora, no puedo llamarla. Tiene que estar ya justo detrás del escenario.

— ¿Qué?

— Además, no tengo su teléfono.

— ¿Que canta ahora?, ¿La rubia?

— Sí.

— ¿Ahí?, ¿En el escenario?

— Sí, con su grupo.

— ¿Y qué hacemos aquí al final, tío? Vámonos para la primera fila que seguro que la pelirroja está allí.

— Pero Mike, quieres estar... —no me hace caso y empieza a hacerse hueco entre la gente.

— ¡Vamos, tío! —me dice perdiéndose entre el público.

Resoplo. Pero qué tío más cansino.

## Capítulo 13

<<...Pero como sé que sois jóvenes y que lo que queréis es pasarlo bien en este día tan especial... >>

El público contesta con un sí impaciente. Estamos en fila al final de la escalera justo detrás del escenario. Yo estoy la última porque soy la última que sube al escenario. Marie, aunque aún no se ha levantado el telón, nos da la orden de subir al escenario.

— ¡Mierda chicos!, ¡Mucha mierda! –anima dándole una palmada en la espalda a cada uno que sube al escenario.

Yo me quedo en el último peldaño, justo al lado de ella.

<<... No me extenderé más. Os dejo con la actuación de Serenade. Recordaros que después del concierto tendrán lugar los juegos organizados por la delegación de alumnos además de barra libre y un concurso sorpresa. ¡Disfrutad de la actuación!>>

La rectora termina su discurso y el patio al completo comienza a rugir con fuerza. Aplausos. Gritos impacientes. La gente quiere que el telón se suba ya. Mi corazón se acelera. No puedo respirar. Marie me dice algo que no logro escuchar. Yo

asiento, el telón se va a abrir de un momento a otro y no puedo pensar en otra cosa. Y así ocurre. El motor se enciende y empieza a levantarse el telón lentamente. El público ruge cada vez más. Nos miramos. Yo aún en las escaleras, mi grupo ya colocado en el escenario. Steve está pálido. Rob excitado, juega con sus baquetas con ganas de empezar. Da un golpe al aire. Otro. Otro más. Y el último. El show comienza.

El telón ya sube de la cintura de Lauren, que es el primero, improvisando al ritmo de Rob una pequeña introducción. Steve le acompaña, sigue nervioso y sus notas, aunque no suenan seguras, suenan bien. Un potente foco que consigue cegarnos a todos alumbrando todo el escenario. Me toca salir. Sin saber por qué miro al cielo y suelto todo el aire que tengo en los pulmones. Rob me busca con la mirada. Yo le guiño un ojo fingiendo no estar presa del pánico y él sonrío. Cambia el ritmo y Lauren y Steve, que saben cuál es la primera canción, empiezan a lanzar al aire los primeros acordes de Can't hold us. El público reconoce la canción, gritan. Mi turno ha llegado. Termino de subir las escaleras y salgo con decisión al escenario, pisando fuerte. Los espectadores enloquecen y yo con ellos. Se me encoge la respiración, como cuando estás en lo más alto de la montaña rusa y empiezas la caída libre, pues el doble. O el triple. Casi puedo volar y aunque sé que todos están gritando y silbando ahí abajo, no oigo nada, tan solo escucho el latido de mi corazón golpeándose los oídos. Ni si quiera puedo escuchar a mi grupo a través del pinganillo. Paso por delante de Lauren, me sonrío cómplice. Steve

hace lo mismo y yo vuelvo a recorrer el escenario animando al público a que toquen las palmas al ritmo de la canción. Todos lo hacen. Es increíble. Sin dejar de caminar por el escenario me acerco el micro a la boca y comienzo a cantar. Lauren me hace los coros.

<<Here we go back, this is the moment  
Tonight is the night, we'll fight till it's over  
So we put our hands up like the ceiling can't  
hold us!>>

(Hemos vuelto, este es nuestro momento,  
esta noche  
es nuestra noche y vamos a darlo todo así que,  
levanta  
Las manos como si el techo no pudiera  
pararnos)

El escenario se queda en silencio durante un segundo. Los chicos y yo nos miramos disfrutando del ensordecedor griterío del público, disfrutando de aquel momento del que hablaba Rob entre bambalinas. Y la música vuelve a tronar con toda su fuerza. Los altavoces retumban en las paredes de toda la universidad y en nuestros corazones. Estoy lista.

<<Return of the Mack, get up! what it is,  
what it does, what it is, what it isn't?  
Looking for a better way to get up out of bed  
Instead of getting on the internet and  
checking a new hit.  
We Get up!>>

(Aquí vuelvo, arriba. Lo que soy, lo que  
hago,  
lo que no soy. Busco la mejor forma de salir  
de la cama en lugar de buscar en internet un nuevo  
éxito, ¡Levántate!)

En ese instante, entre el público.

Anna ha salido como un torbellino dispuesta a comerse el escenario y se lo está comiendo de verdad. Ha puesto a todo el patio patas arriba y yo soy incapaz de salir de mi asombro escuchando la velocidad a la que rapea. No es la misma chica con la que yo he almorzado, se ha transformado, la que está en el escenario es un auténtico huracán de metro setenta que está a punto de hacernos enloquecer a todos.

— ¡Hostia, como canta la rubia, macho! —Me grita Mike que está alucinando tanto como yo.

Ha cambiado los pantalones vaqueros por unos shorts y unas medias negras hasta las rodillas. Sus converse rosas siguen desanudadas en sus pies y su melena se recoge en una cola rizada a un lado de la cabeza. No puedo dejar de mirarla, no puedo ni tan si quiera entender por qué estoy nervioso, pero lo estoy, no sé, ¿Qué me pasa?

— ¿Te gusta, eh? —me sorprende Mike dándome con el codo.

Aunque lo escucho, no le digo nada, ya sabe la respuesta. Y yo también.

\* \* \*

<< But I do that to pass the torch and put on  
for my town  
Trust me. On my INDEPENDENCE shit  
hustler,  
Chasing dreams since I was 14 with the four  
track bussing >>  
(Pero hago eso para pasarle y mostrarle la  
antorcha a mi pueblo  
Confía en mí, con mi dinero independiente  
espabilo,  
Persiguiendo mi sueño desde que tenía  
catorce con la  
Cuarta pista en el autobús)

Los nervios empiezan a desaparecer pero la euforia continúa devorándome las venas. No puedo controlar mis ganas de cantar ni de bailar ni de saltar. Juro que ahora mismo reventaría el termómetro de la felicidad.

Voy de un lado a otro del escenario con el micrófono pegado a mis labios y todo el patio conmigo, formando una sola voz. A penas escucho a mi grupo porque el eco del público lo envuelve todo y eso me encanta. Miro a Steve, ya no parece tan nervioso, parece que disfruta. Lauren me sonrío y Rob..., Rob ha nacido para esto y lo sabe. Lo sabemos.

<<Nah, they can't tell me nothing  
We give that to the people,  
Spread it across the country>>  
(Nah, nadie puede decirme nada,  
nosotros lo traemos para la gente  
y lo llevamos por todo el país)

Los focos centellean y el público no deja de animar. Con los nervios ya menos revueltos intento encontrar a mis amigas entre el alboroto, pero me es imposible ¡Ah sí, allí están! Les sonrío, ellas saben que las he visto y me gritan emocionadas. Están en primera fila, junto a la valla. Levantan los brazos y llaman mi atención, quieren que las mire de nuevo. Se estiran las camisetas blancas que visten. En cada una de ellas hay una letra que forma un mensaje. “Anna, you’re the best!” (Anna, eres la mejor) A su lado descubro a John que me guiña un ojo, no sé por qué se me coge un nudo en el estómago. Quiero seguir cantando.

\* \* \*

Le devuelvo la mirada y le guiño un ojo, quiero creer que es a mí a quien ella dedica una sonrisa, pero no se detiene, sigue caminando con energía de un lado a otro sin parar de rapear, cada pisada suya es un terremoto que hace temblar la universidad entera.

— I wanna hear you now, guys! (¡Quiero escucharos a todos ahora, chicos!) –grita alzando el micro hacia nosotros.

Y nuestras gargantas se unen en una sola para cantar el estribillo. Nos tiene ganados.

<<Can we go back, this is the moment  
Tonight is the night, we’ll fight till it’s over  
So we put our hands up like the ceiling can’t  
hold us  
like the ceiling can’t hold us>>

\* \* \*

Alzo el micro hacia el público y dejo que sean ellos quienes canten el estribillo. Miro a Lauren de nuevo. Busco la mirada de Steve. Las casi mil personas que tenemos a nuestros pies cantan a coro mientras nosotros no podemos terminar de creérnoslo. Los focos vuelven a centellear sobre nosotros. Nos ciegan de nuevo pero no nos importa. Mi corazón retumba al ritmo de los bajos de los altavoces. Siento que vuelo, que voy a explotar, por un momento tengo miedo de despertarme en medio del concierto y que todo se esfume como si fuera un sueño. Pero no, sé que no voy a despertar. Hoy no. Sé que estoy con Lauren, Steve y Rob compartiendo nuestro mismo trocito de nube. Esta noche el cielo es nuestro.

\* \* \*

— ¡Na, na, na, na, na! —gritamos todos desde el patio a capela.

Anna se acerca el micro y hace la melodía con su voz. Luego vuelve a acercarnos el micro a nosotros que repetimos lo mismo con más fuerza.

— ¡Buenas noches, Emerald University! —grita esta vez, la melodía sigue sonando de fondo de la mano del bajo, la guitarra y la batería.

— ¡Buenas noches! —grito, la respuesta del público suena ensordecedora.

— ¡Quiero escucharos fuerte una última vez!, ¿Estamos listos?



\* \* \*

<<Can we go back, this is the moment  
Tonight is the night, we'll fight till it's over  
So we put our hands up like the ceiling can't  
hold us  
like the ceiling can't hold us>>

Miro a Rob para que no corte y volvamos a repetir el estribillo una vez más. Esta vez dejo que sea el público quien termine la canción, yo solo los acompaño a contratiempo por arriba. Y cuando la canción acaba el griterío crece precipitadamente. Un atronador aplauso crece en forma de ola que acaba rompiendo contra el escenario. El aplauso no termina, ni los voceríos. Nos miramos, nuestras pulsaciones van a mil por hora pero ya ninguno está nervioso. Lo realmente difícil ahora es bajarnos de allí. Pero sigamos disfrutando mientras dure. Las luces se atenúan y un potente foco busca mi silueta en el escenario.

— ¡Buenas noches, buenas noches, Dublín! — repito intentando calmar al público, pero parece imposible, están descontrolados.

— ¡Se-re-na-de! ¡Se-re-na-de! —cantan a coro.

Yo no puedo dejar de sonreír y aprovecho para buscar de nuevo a mis amigas que están a punto de dejar caer la valla. John sigue allí junto a ellas. Le hago una mueca y él me levanta el pulgar.

— ¿¡Cómo estamos, chicos!?! —pregunto al público, mi voz suena entrecortada por mi acelerada respiración.

— ¡Bien! —rugen.

— ¿¡Tenemos ganas de más!?

Todos gritan un sí.

— ¡No me entero! A ver, quien tenga ganas de más que grite ¡Eo!

Y un estruendoso Eo nos sobrecoge a todos.

— ¡Chicos! —Me dirijo a mi grupo—, ¿Seguimos?

Lauren y Steve responden con su guitarra. Dos notas estridentes a través de los amplificadores nos ponen los pelos de punta a todos. Rob contesta con un golpe de bombo y platos. Todos queremos más. Todos. Y el público no tarda en volver a gritar.

— ¡Está bien, está bien! —Paseo por el escenario— pero antes de seguir me gustaría hacer una cosa... —e inmediatamente el público comienza a guardar silencio intrigado, yo me acomodo el auricular en mi oído derecho— Antes de seguir me gustaría, ¡Gracias! —Respondo a un ¡Guapa!— Antes de seguir me gustaría...

Pero no me dejan continuar, ahora nos hacen la ola de un lado a otro del patio. Y Rob, que disfruta como un niño con baquetas nuevas, los acompaña con un redoble.

— Me gustaría dedicar una canción —me aventuro a seguir— a una pequeña parte de los que hoy habéis venido aquí... —nunca pensé que fuera tan difícil controlar a un público, de verdad, pero aun así me encanta— y es que hoy he conocido a un chico...

Me río. El patio entero grita un ¡Ohhh! Y yo que lo sabía no sé para qué digo nada ¡Cómo son!

— Love is in the air! Love is in the air! (El amor está en el aire) —gritan divertidos.

— ¡He dicho que he conocido a un chico — me precipito a aclarar siguiéndoles la gracia—, no que me haya enamorado!

John no puede evitar reírse. Yo lo miro poniendo los ojos en blanco.

— Y quería dedicarle una canción a él y a todos los españoles que estáis hoy aquí con nosotros y que pronto volveréis a casa, ¿Me dejas la guitarra? —Le pido a Lauren.

Una pequeña minoría, que supongo que son los españoles que hay entre el público, comienzan a aplaudir. Luego se suma todo el mundo.

— Os prometo que esto no estaba preparado —confieso colgándome la guitarra que Lauren me ha dejado.

Ahora sí, la universidad casi al completo se mantiene en silencio. Yo me acerco al borde del escenario y me siento dejando los pies en el aire. Luego los cruzo para acomodarme la guitarra en mi regazo. El foco me acompaña y me ilumina solo a mí. El resto de luces empiezan a menguar hasta quedar suaves, tenues, casi perdidas en la noche. El ambiente es inmejorable. Me aclaro la voz.

— Es una canción que tal vez por casualidad, o no, porque yo no creo mucho en las casualidades, me cantaba mi madre cuando era pequeña antes de dormir...

— ¡Anna guapa! ¡Eres la mejor! —me gritan robándome una sonrisa.

— Gracias, gracias —intento ponerme más seria— yo la conocía como la nana española... todas las noches le decía a mi madre “mom, mom please, the spanish lullaby” —la voz

me tiembla, no sé por qué pero estoy a punto de llorar y la gente lo nota.

— ¡Te queremos Anna! —grita alguien haciendo que todos vuelvan a aplaudir.

Yo me refugio en aquel interminable aplauso e intento controlar mis emociones. No puedo ponerme a llorar ¡Acabamos de empezar!

— Aunque realmente no sé si se llama así... —comienzo a hacer arpegios, nunca antes había cantado esta canción en público y no entiendo por qué, porque me parece preciosa— en cualquier caso, si no sale de mi voz, sale de aquí —y me señalo el corazón—, para todos vosotros y en especial para John.

Una inmensa ovación crece de entre el público y yo espero a que se calmen mientras continúo haciendo arpegios. Cojo aire. Lo suelto. Poco a poco se hace el silencio. Miro a John. Él me mira a mí y yo me pierdo en su sonrisa. Allá vamos.

## Capítulo 14

En ese mismo instante, entre el público.

— Muchas gracias —dice Anna, a quien le cuesta controlar sus emociones.

Como a mí, que desde que dijera mi nombre, cientos de miles de cosas no han parado de revolotearme en el estómago. No sé lo que es, pero me cuesta hasta respirar. Estoy seguro de que yo, que no tengo que cantar, estoy más nervioso que ella. Lo juro.

— ¡Tío —me codea Mike incrédulo trayéndome de vuelta a la realidad—, que te va a dedicar una canción, macho!, ¿Se puede saber qué le has hecho en el almuerzo?

Yo aún no puedo creérmelo. Quiero decir, nunca, nunca podría haberme imaginado que nadie fuera a hacer nada así por mí. Y menos desde un escenario delante de mil personas. Y sin embargo, allí está ella, a punto de hacerlo, a tan solo diez pasos de mí, sentada sobre el escenario, regalándonos acordes mientras nos calmamos para empezar a cantar. Es..., no sé.

— Tío, di algo —me zarandea Mike.

Yo lo miro, con la cara de bobo que se me tiene que haber quedado, y me encojo de hombros. No sé qué decir, de verdad, y vuelvo a mirar a Anna. No quiero perderme nada de ella, nada.

Anna se aclara la voz y mira al público. Su mirada se tropieza con la mía por unos segundos y me provoca un escalofrío de la cabeza al ombligo,

ella y su música me ponen los pelos de punta. No sé qué me pasa. Solo sé que es preciosa. Que si fuera por mí, saltaría esta valla y subiría al escenario y yo qué sé lo que le haría. No sé qué me pasa con Anna.

Solo se aprecia a ella entre la oscuridad del escenario. Y sus ojos son más azules vistos desde aquí abajo, casi transparentes entre el aura de luz que le dibuja el cañón que la ilumina. Nos mira de nuevo, sin decir nada, sin dejar de lanzar acordes al aire. A través del micrófono podemos escuchar su respiración, parece tranquila. Y entre sus labios florece una media sonrisa que deja entre ver sus dientes y que no tarda en contagiarme.

— Yo voy a empezar a entonarla —dice aclarándose la voz— y me gustaría que si alguien más se la sabe, la cantara conmigo.

Una pequeña ovación crece de entre el público, pero la universidad entera no tarda en volver a guardar silencio expectante. Quieren escucharla. Y yo me muero de ganas por hacerlo.

\* \* \*

Aunque sé que el público está conmigo y me arropa, mi corazón late rápido, no lo puedo controlar. Cojo aire. Allí está John y aunque nos separa una valla yo lo siento cerca, tan cerca que si cierro los ojos casi puedo imaginarlo aquí conmigo, en el escenario, sentado tras mi espalda, sin nadie más a nuestro alrededor, abrazándome, dejándome acariciar.

Ya no se escucha nada, ni un murmullo. Abro los ojos y veo una marea oscura de personas en

silencio. Entre ellas, diminutas, se alzan las pantallas azules de sus móviles. Todos me miran, están conmigo, sintiendo mi respiración a través de los altavoces. Gracias mamá, por todo. Por no dejar que dejara de tocar la guitarra, por cantarme esta canción todas las noches, por creer en mí. Te quiero.

Tonto el que no entienda,  
Cuenta una leyenda,  
Que una hembra gitana  
Conjuró a la luna hasta el amanecer

\* \* \*

No se escucha un solo ruido en toda la universidad, nada, ni un suspiro, solo el eco de su voz casi en susurros a través del micrófono. Una sonrisa de lo más tonta se me acomoda en los labios al escucharla. Miro a mi alrededor y es como si Anna nos hubiera conectado a todos en una misma aura, en una misma nube. La canción es Hijo de la Luna de Mecano, que casualmente también es el grupo favorito de mi madre. No es una nana, pero a mí no me importaría dormirme con ella cada noche si fuera Anna quien me la cantase. ¿Pero qué dices? No sé, ahora mismo no sé lo que digo. Ni quiero saberlo. Solo quiero seguir escuchándola y perderme en la melodía de su voz, en su risa nerviosa, en su música, en el sonido de su respiración a través del micrófono. Perderme con ella, dónde sea, pero con ella.

\* \* \*

Luna, quieres ser madre  
Y no encuentras querer  
Que te haga mujer.  
Dime, luna de plata,  
Qué pretendes hacer  
Con un niño de piel.

Tengo los ojos cerrados y desde donde yo estoy no escucho nada. Solo mi voz perdiéndose entre tanta gente. Pero sé que no estoy sola. Sé que no. Sé que hoy mi mamá está conmigo, cantando conmigo. Acordarme de ella hace que me emocione y tengo que luchar por controlar mis emociones. La voz comienza a temblarme y tengo por un instante tengo que dejar de cantar. Las lágrimas comienzan a salirme solas y no me dejan cantar. Sigo tocando la guitarra e intento aclararme la voz. Pero me es imposible. El público me regala un abrazo en forma de aplauso. Un aplauso que lo envuelve todo y que me consuela. Que me da fuerzas para continuar. Abro los ojos. No sabría cómo decir cuánto quiero a todos y a cada uno de los que están ahí abajo. Pero los quiero. Respiro hondo. Les sonrío. Ellos me sonrían a mí, quieren que siga y yo quiero seguir. The show must go on. (El espectáculo debe continuar)

\* \* \*

De padre canela  
Nació un niño  
Blanco como el lomo



De un armiño.  
Con los ojos grises  
En vez de aceituna  
Niño albino de Luna

— Se te va a caer la baba –me dice una voz femenina sacándome de la magia del momento.

Es Rachel, la amiga pelirroja de Anna. No me había dado cuenta de que se hubiera puesto al lado mío. Le sonrío sin decir nada y me seco los ojos con el dorso de la mano. Yo también me había emocionado al ver a Anna así.

— A mí nunca me ha dedicado una canción – me susurra acomodándose junto a mí— y eso que me conoce desde hace mucho más tiempo que a ti, ¿Qué le has dado?

Me hace sonreír de nuevo y me encojo de hombros.

— Yo sí lo sé –me dice.

La miro queriendo saber la respuesta pero ella ahora no me mira a mí, mira a Anna. Mike al otro lado me tira de la camiseta.

— Eh, tío, ahí está la pelirroja.

— Ya.

— ¿Y qué te ha dicho?, ¿Te ha preguntado por mí?

Su ocurrencia me hace gracia, pero en ese momento no me apetece hablar, solo quiero escuchar a Anna.

— Shh... –seseo apoyándome sobre la valla volviendo a escuchar a Anna.

— Va, tío, ¿te ha preguntado por mí o no? – insiste.

Mike no tiene remedio. Suspiro.

— Sí —le miento para que se calle.

— ¿Y qué te ha dicho?

— Que por qué no la saludas —le contesto de mala gana—, que si estás enfadado, dice.

— ¿Yo? —Se extraña— dile que no, ¿por qué iba a estarlo?

— Díselo tú.

Me separo de la valla un instante e intercambiamos nuestros sitios.

Y en las noches  
que haya luna llena  
será porque el niño  
esté de buenas.

Y si el niño llora  
menguará la luna  
para hacerle una cuna.

El público comienza a cantar con ella y Anna nos regala una última estrofa para que la cantemos nosotros solos muy bajito, sin romper la magia, mientras ella nos acompaña con la guitarra. Cuando la canción termina toda la universidad se rinde a sus pies con una cálida ovación. El técnico de luces, desde su cabina, hace parpadear también los focos como reverencia. Luego deja solo el cañón de luz sobre ella. Anna se pone en pie ante aquel diluvio interminable de aplausos y nos da las gracias.

— ¡Ha estado genial, Anna! —Grita Rachel—  
¡Que salude John!, ¡Que salude John!

Yo la miro sorprendido y antes de que pueda protestar le siguen las mil personas que hay aquí.

— ¡Que salude John!, ¡Que salude John! –  
gritan todos a una.

Anna y yo nos miramos.

\* \* \*

¡Que salude John!

¡Que salude John!

Lo miro con una sonrisa divertida. El público no tiene intención de parar, quieren saber quién es John. Yo no puedo parar de reír viendo su cara de no saber dónde meterse pero, para sorpresa mía y de todos, se sube en la valla y saluda con la mano. El foco que me ilumina a mí ahora lo busca a él y la gente aplaude más fuerte. Cuando el aplauso termina, en lugar de volver a su sitio, pasa la valla y ¿qué hace?, ¿Viene hacía aquí? ¡No, que me muero!, ¡Qué vergüenza!, ¡John, no!

¡Que la bese!

¡Que la bese!

Yo me quedo inmóvil viendo como acelera el paso hasta las escaleras. Las sube, el foco lo sigue. Sube al escenario y avanza hacia mí. Yo me agarro al micrófono sin saber qué hacer mientras cientos de miles de millones de mariposas y hormiguitas empiezan a revolotear en mi estómago. Me sudan las manos, ¡Dios mío pero qué vergüenza!, ¿Qué va a hacer?

Se detiene a cinco pasos de mí. Nos miramos. Yo estoy seria y muda y nerviosa. Sus ojos me congelan, entera. Sus labios me dibujan

una media sonrisa y da un paso. Y luego otro. Cada vez hay más mariposas. Más hormigas. El público enmudece expectante sin saber qué va a pasar. Yo tampoco lo sé. Y John da otro paso. Ya no siento mariposas. Siento elefantes salvajes. Se acerca. Más. Un poco más y el foco nos envuelve en el mismo círculo de luz. De nuevo todo está en silencio, el corazón me va a estallar. Seguro que puede oír mis latidos, qué vergüenza. Y sin que pueda reaccionar me sorprende con un abrazo que hace estallar al público en un inmenso griterío. Rob hace sonar los platos y Steve el bajo. Yo le devuelvo el abrazo con todas mis fuerzas.

¡Ooooh!

— Gracias Anna... —me susurra al oído, está emocionado, la voz le tiembla— ha sido maravilloso.

¡No Anna, no llores ahora!

Estoy segura de que ninguno quiere separarse pero los dos sabemos que debemos hacerlo. Y lo hacemos, poco a poco, obligándonos. Sus ojos marrones empiezan a brillar emocionados ¡Como se ponga aquí a llorar no sé lo que voy a hacer yo!

Sus manos buscan las mías y las toma con fuerza. Las miro. Las suyas son canela, como el gitano de la canción, y las mías blancas como la luna. Miro su boca, luego a sus ojos. Vuelvo a mirar su boca. Quiero que me bese. Los nervios empiezan a arderme por dentro. Necesito que me bese. Bésame, John, hazlo.

\* \* \*

Juro que es preciosa. Y juro que me muero por besarla. Daría lo que fuera por poder hacerlo. Pero no puedo.

Me acerco a ella peleándome conmigo mismo para no hacerlo.

— ¿Te veo luego? —le susurro ahogando mis ganas de besarla aquí delante de todo el mundo.

Con mi dedo pulgar seco una lágrima que se derrama por su mejilla.

Ella asiente sin decir nada. Sé que tengo que bajarme de allí, sé que es su concierto, pero no quiero dejarla. No sé qué me pasa, pero me la llevaría conmigo, la secuestraría, a la mierda el concierto, para mí.

— ¡Hablad más fuerte que desde aquí no se escucha! —grita un chico rompiendo el silencio en el que se ve inmerso toda la universidad. Una carcajada crece entre el público. Anna sonrío divertida disimulando sus emociones.

— ¡Es privado! —responde ella por el micrófono.

— ¡Bésala John! —grita otro.

— ¡Eso, bésala!

Nos hacen reír a los dos.

¡Que se besen!

¡Que se besen!

Ella y yo nos miramos. Casi hipnotizado por sus ojos me hacen dudar. Mis labios se entreabren. El Público vuelve a enmudecer. Doy un paso indeciso. Ella me mira atenta, sin moverse de su

sitio. Sé que no puedo hacerlo, pero mis ganas me queman por dentro. Dudo, no sé qué hacer.

— No —vuelve a responder divertida dando un paso hacia atrás pero sin soltar mi mano—, no se lo puedo poner tan fácil.

El público ríe con ella y yo me quedo mirándola sorprendido. Ella me devuelve la mirada.

— Se lo tiene que currar un poco más ¿no creéis, chicas?

Todas gritan un sí y ella me hace una mueca con la nariz. Los chicos por el contrario vuelven a gritar que la bese.

— Chicos, un aplauso enorme para él, por favor —dice alzándome la mano.

El patio entero responde con un sonoro aplauso. Y aunque normalmente son los chicos quienes besan las manos de las chicas, en esta ocasión es ella quien me la besa y se esconde el micro tras la espalda.

— Te veo luego —me dice con un guiño de ojos.

Yo le devuelvo el guiño de ojos y entre un caluroso aplauso del público abandono el escenario.

— ¿Seguimos con la fiesta? —grita Anna por los altavoces.

El público grita un vibrante sí.

Cuando llego a la valla la vuelvo a saltar y me coloco en mi sitio bajo la incrédula mirada de Mike. Rachel me agarra el hombro y se acerca a mi oído.

— Si estabas esperando el momento ideal para besarla —me susurra—, era ese.

— ¡Quiero oíros a todos gritar conmigo! —  
dice desde el escenario.

Los focos vuelven a encenderse y el patio ruge como al principio. El batería da tres golpes de baqueta y los primeros acordes de Wake me up suenan estridentes. Anna se mueve de un lado a otro del escenario dando palmas al aire. Todos la siguen. Y saltan. Y Cantan con ella. Miro a Mike y, para sorpresa mía, anda liándose con Rachel. Sonrío. La gente quiere fiesta. Yo, ahora, solo la quiero a ella.

Feeling my way through the darkness  
Guided by a beating heart  
I can't tell where the journey will end  
But I know where it starts.  
(Siento el camino a través de la oscuridad  
guiado por el latido de mi corazón.  
No puedo decirte donde terminará el camino  
pero ahora sí donde empieza)